

Eva Gonzay  Julia C. Brown

DOCTORA *Martín*



CONTENTS

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Epílogo](#)

DOCTORA MARTÍN
EVA GONZAY
&
JULIA C. BROWN

Copyright © 2024 Eva Gonzay & Julia C. Brown
Todos los derechos reservados

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.

Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

Twitter: @EvaGonzay

TikTok: eva.gonzay

Instagram: @juliabrown_writer

TikTok: juliabrown_writer

Safe creative: 2408069041084

Libro número 1 de la saga Urgencias



CAPÍTULO 1

Sandra Giménez suele tener mucha paciencia, pero ahora mismo se le está acabando. La joven de veintisiete años se está preparando las oposiciones para Policía Nacional desde hace unos meses. No es de las que lo hace por probar, ella se lo toma muy en serio, tanto que desde, que comenzó, apenas tiene vida social porque quiere conseguirlo. Está segura de que no va a tener ningún problema con las pruebas físicas y piensa que tampoco con los exámenes psicotécnicos, pero el temario general se le atraganta y se le hace muy pesado estudiarlo, por eso aprovecha cada segundo de su tiempo para repasarlo.

Ese ha sido el motivo por el que Sandra, que viaja hacia Madrid en un tren de alta velocidad, ha elegido hacerlo en el vagón silencioso, porque necesita concentrarse. Sin embargo, sentado frente a ella, viaja un hombre trajeado y repeinado que no deja de hablar por teléfono. Sandra, al principio tímida, no le ha dicho nada pero, tras varios minutos, le ha llamado la atención y el hombre se ha limitado a ignorarla como a un mueble. Tras ella, otras personas del vagón lo han increpado y, al final, se ha marchado al vagón de la cafetería dejándolos tranquilos, pero hace diez minutos que ha vuelto y de nuevo está enganchado al teléfono, y lo peor de todo es que ni siquiera se molesta en bajar el tono.

La pierna de Sandra bota nerviosa al mismo tiempo que cierra el temario que estudiaba, incapaz de concentrarse y, tras mirar a un lado y a otro y ver a varios pasajeros observarla como si esperasen que, por estar frente al hombre, sea ella la que le llame la atención otra vez, al final explota.

—Perdone —dice dándole un toque con el pie en sus zapatos relucientes.

El hombre bufa y se aparta el teléfono de la oreja para mirarla.

—¿Qué pasa?

—Le recuerdo que es un vagón silencioso, si quiere hablar, váyase a otro sitio —dice lo más educada que puede.

—Mi asiento es este y necesito responder esta llamada —responde de manera estúpida.

—Lo que necesita es un poco de educación —responde una señora que va sentada un poco más atrás.

El hombre se levanta con unos aires de grandeza que sorprenden a Sandra y muestra una tarjeta que nadie puede leer.

—Soy médico, ¿se enteran? Yo puedo hablar donde me da la gana, ahora déjenme en paz, que tengo que salvar vidas —dice y vuelve a sentarse para seguir hablando mientras cruza una pierna sobre la otra como si estuviera en el salón de su casa.

Sandra, tan nerviosa que no está segura de que pueda volver a concentrarse, decide levantarse y dirigirse al vagón que tiene la cafetería para tomarse un café con leche mientras pasan los minutos que faltan para llegar a Madrid. Algo que le salvará la vida.

Isabel y Antonio ya están jubilados, pero no son de esos sexagenarios con una vida sedentaria que se limita a ver las horas pasar. Es un matrimonio activo, de hecho, ahora es cuando más tiempo están compartiendo juntos y cuando se lo están pasando mejor como pareja. Han establecido la rutina de salir a caminar por las mañanas, y no un paseo cualquiera, preparan un par de mochilas con agua y un bocadillo, se llevan sus bastones de senderismo y caminan alrededor de siete u ocho kilómetros, depende de la ruta que elijan.

Hoy van por un sendero cercano a las vías del tren y es Antonio el primero que se detiene porque ve un destello que le llama la atención.

—¿Qué haces? —pregunta Isabel, parándose a su lado mientras su marido se quita la gorra como si así pudiese ver mejor.

—Mira allí, hay algo en la vía del tren —señala el hombre a lo lejos.

—¿En la vía?

Isabel entorna los ojos para enfocar. Ella no ve nada de cerca, pero de lejos, conserva la visión de un lince.

—Ay, madre mía, Antonio, creo que es un coche —se alarma Isabel.

—¿Estás segura? —el corazón de Antonio se acelera.

Se encuentran a unos ciento cincuenta metros de la vía y entre ellos y esta, hay un montón de matorrales y pedruscos que les impiden llegar rápido. Además, acaban de escuchar algo por su izquierda, un ruido lejano que, conforme se acerca, les deja muy claro que se trata del tren.

—Busca el móvil y llama a la policía —dice Isabel cada vez más nerviosa.

Antonio no deja de mirar a un lado y a otro y enseguida se da cuenta de lo grave de la situación, porque el coche está justo después de una curva a la derecha en la que antes hay un peñón que tapa la visión del tren en ese punto.

—No frenará, no verá el coche y no frenará —dice angustiado mientras abre la mochila.

Isabel y Antonio saben que no pueden hacer nada, ni para salvar a las personas que hay dentro del coche si es que las hay, ni por detener el tren, pero ellos, en un intento desesperado por evitar la catástrofe, se meten entre los matorrales y corren hacia la vía mientras gritan de manera histérica, con la esperanza absurda de que el maquinista los escuche y accione los frenos.

Obviamente no sucede, Antonio apenas ha tenido tiempo de marcar el número de emergencias y llevarse el teléfono a la oreja cuando el tren de alta velocidad, aparece por la curva, embiste el coche y, ante la mirada aterrada del matrimonio, el primer vagón vuelca y los siguientes descarrilan entre un estallido de sonidos que a ellos se les antojan aterradores, sobre todo cuando ven que uno de los vagones, desaparece por el otro lado de la vía tras caer por un terraplén. El vagón silencioso.

CAPÍTULO 2

—¡Mierda! —se queja la doctora Bárbara Martín, empujando el teclado del ordenador y pegando la frente a la madera de su escritorio.

La recién nombrada jefa de cirugía lleva cuatro horas encerrada en su despacho intentando cuadrar los horarios de sus médicos. Hay unos de baja, otros de vacaciones, y alguno que se ha acogido a la huelga médica por la falta de contratos fijos en el hospital. Huelga de la que ella no tiene la culpa, pero de igual forma se ve afectada porque tiene muchos huecos que cubrir y poco personal para hacerlo. A su lado, una montaña de papeles que tiene que organizar, pero no ha tenido tiempo vital para leerlos, y eso la agobia mucho más de lo que ya está porque su oficina se parece más a la sala de profesores de un colegio que a la de una jefa médica.

El nuevo cargo la tiene nerviosa, no porque Bárbara no tenga la capacidad para llevarlo, todo lo contrario, la doctora Martín es buena en lo que hace. Es organizada, metódica y tiene el conocimiento necesario para salvar vidas con los ojos cerrados, pero hay factores externos que la desestabilizan y la presión es tal, que cada día cuando llega a su puesto de trabajo, duda de su capacidad para estar allí liderando el equipo de cirujanos del Hospital Universitario Santa Lucía. La doctora Martín se graduó con una nota aceptable, ni muy baja ni demasiado alta, pero fue cuando estaba cursando la especialidad que demostró sus habilidades como cirujana, destacando por encima de todos sus compañeros y, además, otorgándole un puesto en uno de los hospitales más importantes de España como cirujana adjunta.

—Doctora Martín —la llama la secretaria de planta que entra como un vendaval a su oficina tras un par de toques en la puerta—, tiene que contestar el teléfono, hay una emergencia.

A Bárbara le recorre un escalofrío por la espalda. Lleva horas con el aparato descolgado para evitar interrupciones, algo que sabe que no debe hacer, pero necesitaba concentrarse.

—Un tren ha descarrilado... heridos... varios muertos —son las palabras que oye Bárbara en cuanto descuelga el auricular.

—Bajo de inmediato, ve organizando a las enfermeras —contesta la doctora Martín mientras se levanta de su silla.

Bárbara respira y se pasa la mano por el cuello varias veces, un tic nervioso del que no ha podido deshacerse por más que lo ha intentado, pero es algo que la ayuda a centrar su mente en momentos como esos.

—Aurora, llama a todos los médicos que estén libres hoy, aún no sabemos la magnitud del accidente, pero siendo un tren, puedo imaginármelo —dice Bárbara con

pesar a la secretaria—. Que estén preparados para venir al hospital.

—Hecho —contesta Aurora—. El doctor Tena ha llamado, la está buscando.

La jefa de cirugía se tensa al oír ese apellido, pero no dice nada, gira sus talones y corre hacia las escaleras para bajar a la planta de urgencias y organizar a sus médicos.

Cuando atraviesa la sala casi arrolla a la jefa de enfermeras María José Morales, que la mira con el ceño fruncido y cara de querer exterminarla, pero enseguida suaviza la mirada al darse cuenta de que ese muro de hormigón que casi la tira al suelo es su mejor amiga Bárbara.

—Tenemos que salir ya, los teléfonos no han parado de sonar —explica María José—, el Hospital de la Cruz ya ha movilizado a su gente.

—¿Tenemos número de heridos? —inquire Bárbara mientras activa el busca de varios compañeros.

—No se ha hecho aún el conteo, pero el tren venía completo y uno de los vagones ha caído por un terraplén —explica María José mientras niega con la cabeza.

Diez minutos después, Bárbara Martín está subiendo a la azotea del hospital acompañada de María José y dos médicos más. Varios de sus compañeros ya han salido en coche hacia el lugar del accidente, pero la ciudad está en pleno colapso, así que la única manera de llegar con rapidez, es hacerlo en helicóptero.

—Tranquila, es un viaje de apenas diez minutos —dice María José pasándole la mano por la espalda a Bárbara, porque conoce ese pánico que tiene la doctora a todo lo que se eleve unos metros por encima del suelo.

La doctora Martín está tan pálida que los ocupantes del helicóptero la miran con preocupación, todos menos el doctor Adrián Tena, que la observa con suficiencia para después poner los ojos en blanco. Llevan unos minutos en el aire y el rostro de Bárbara ha cambiado de color al menos siete veces, está tan mareada que se lleva una mano a la boca para evitar que esa arcada traicionera la empuje a sacar el contenido de su estómago que ahora agradece que solo sea café y agua.

En cuanto el helicóptero toca tierra, la jefa de cirugía sale con prisa agachando la cabeza como le ha recordado el piloto y, sin poder evitarlo, ni ocultarse, empieza a vomitar hasta que ya no le queda nada que expulsar. Su cuerpo sufre un par de espasmos, tiene la frente perlada de sudor y dos lagrimones le recorren el rostro producto del esfuerzo que ha hecho al devolver lo poco que tenía en su estómago, pero todo el malestar se corta en seco cuando Bárbara levanta la mirada y observa el caos a su alrededor. Gente herida por todas partes, gritos de auxilio y bomberos apagando el fuego que se ha propagado por uno de los vagones. La doctora Martín siente ese escalofrío que precede a la tragedia y se da cuenta de que su mente ha calculado mal los daños, este accidente es peor de lo que se había imaginado.

CAPÍTULO 3

Después de haber quedado para cenar hace un par de noches con su amiga Candela Montero y su actual pareja, Raquel Martínez, la teniente Irina Bol ha vuelto a quedar con ella, esta vez a solas, para desayunar en una de las muchas terrazas de Madrid.

—No me puedo creer que no me hubieras contado antes lo de esa denuncia —dice Irina perpleja, tras escuchar toda la historia que Candela le está relatando después de que ella, que no tenía claro cómo había conocido a la abogada, le haya explicado todo lo sucedido.

—No iba a contártelo durante la cena, nos acabábamos de reencontrar después de casi dos años —se defiende Candela antes de dar un gran mordisco a su tostada.

Irina la mira durante unos segundos como si fuera una extraterrestre.

—Durante la cena no, joder, antes —dice, y le da un sopapo en el hombro que provoca que Candela por poco se atragante.

—¿Antes cuándo? ¿Cómo querías que te lo dijera si llevabas dos años de misión en el extranjero? ¿Te envió una postal para contarte que una soldado desquiciada me ha denunciado por acoso y que mi mujer le ha creído además de estar poniéndome los cuernos desde hacía meses? —ironiza Candela y sigue comiendo como si nada.

—¿Una postal? ¿A ti qué te pasa? Te recuerdo que existen los teléfonos, Candela. Somos amigas, coño, y lo que te ha pasado es serio.

Candela deja la tostada y suspira.

—Lo sé, perdona, estaba sobrepasada y solo pensaba en solucionar el problema, y tampoco quería preocuparte, desde allí no podías hacer nada.

—Tengo contactos, podría haber enviado a un sicario —bromea Irina y las dos explotan en un ataque de risa como los muchos que habían compartido antes de que Irina se marchase.

—No te preocupes, no estuve sola, tuve el apoyo de Virginia y así conocí a Raquel —añade con una sonrisa tonta.

Irina entorna los ojos y después suelta un silbido de aprobación.

—Si te soy sincera, Miriam nunca me gustó para ti, te trataba como si no fueras importante.

Candela la mira y hace una mueca, todavía le escuece pensar en eso, pero Miriam forma parte del pasado para ella.

—En cambio, Raquel —sigue hablando Irina—, me gustó mucho la energía que me transmitió, y si acepta a ese perro feo que tienes, es la adecuada —bromea y esta vez el

sopapo se lo lleva ella.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte esta vez? —pregunta Candela cambiando de tema.

—Pues, aunque te sorprenda, en esta ocasión pretendo quedarme de forma definitiva —dice sonriendo mientras destroza una servilleta de papel.

—¿De verdad? —Candela se inclina hacia delante, tan sorprendida como feliz de que su amiga haya decidido por fin dejar de participar en tantas misiones.

—Sí. Estoy cansada de dar tumbos, y creo que ha llegado el momento de estabilizarme un poco. He solicitado un puesto fijo aquí en la base, pero ya sabes cómo va esto de la burocracia.

—Espero que tengas suerte y te lo den pronto, y si no es aquí en Madrid, que te lo den en una base cercana —dice Candela.

La conversación se interrumpe cuando el teléfono de Irina comienza a sonar. La teniente ve el nombre de su superior en la pantalla y tuerce la boca en una mueca de incertidumbre porque no sabe si la llama por trabajo o para verla, ya que también son amigos. Espera que sea para lo segundo.

—Capitán —dice ella al contestar.

—Hola, Irina. Sé que estás de vacaciones, pero necesito un favor —responde él con un tono nervioso que Irina le ha notado pocas veces.

La teniente tensa la columna y se aprieta el móvil contra la oreja.

—¿Qué pasa?

—Ha habido un accidente de tren en las afueras de Madrid, uno gordo, y la situación es bastante complicada. Están acudiendo todos los efectivos disponibles y faltan manos. Tú tienes formación médica y además estás acostumbrada a este tipo de situaciones, me vendría muy bien que vinieras y te pusieras al frente de un grupo que se encargue de ayudar con el triaje.

—Claro, que alguien venga a recogerme. Te paso la ubicación —responde la teniente.

—Gracias, Irina —dice el capitán antes de colgar.

—¿Qué pasa? —pregunta Candela preocupada por la expresión de su amiga.

—Un accidente de tren.

—¿Aquí en Madrid? —pregunta sorprendida.

—En las afueras. Me envían para ayudar con el triaje.

Candela frunce el ceño y maldice el momento en el que Cristina Andrade decidió denunciarla, porque, aunque le encanta su trabajo en el grupo de Virginia, si no hubiera cambiado, ahora podría marcharse con Irina y ayudar en el accidente.

—Ten mucho cuidado y mantén la mente fría —le aconseja antes de abrazarla.

—Tranquila, lo tendré. Te llamo y quedamos otro día.

CAPÍTULO 4

—¡Dios mío! —suelta Irina, impresionada por lo que observa.

La militar ha llegado al lugar en el que ha ocurrido el accidente y no puede evitar sentir un vacío en la boca del estómago que le recuerda varios episodios vividos en sus misiones en el extranjero. Escucha gritos por todas partes, hay tanta gente herida que no puede hacer un cálculo rápido de la cantidad de personas que están ahí retorciéndose del dolor, bomberos sofocando un vagón que arde en llamas y el personal sanitario intentando salvar a aquellos que están más graves. Irina asume que lo que está ocurriendo es una auténtica locura, algo que no es habitual en España y se le ponen los pelos de punta al pensar que se pueda tratar de algún tipo de atentado porque ese coche mal posicionado en las vías y, según le han informado, sin ocupantes, es muy extraño.

Se sacude la cabeza como un perro mojado para despejarse y empieza a caminar hacia las carpas que ha improvisado la UME, Unidad Militar de Emergencias, en búsqueda del equipo con el que tiene que trabajar y, además, comandar.

—Teniente Bol —la llama un uniformado que llega hasta donde está y se cuadra ante ella—, le daría la bienvenida, pero ya ve cómo está esto. Si me acompaña, la guío hasta donde estamos trabajando.

—¿Han podido realizar un conteo, sargento? —pregunta Irina mientras camina junto a su compañero de armas.

—No de forma oficial, es muy pronto todavía —explica el sargento Aguado con la cara compungida—, pero el tren estaba lleno, casi cuatrocientas personas más el personal que trabaja allí.

Irina Bol no pregunta nada más porque cuando entra a una de las carpas el panorama es bastante desolador. Lo primero que ve es a un médico que intenta recolocar un hueso de la pierna a un chico joven que tiene una evidente fractura abierta, luego a una mujer embarazada con un corte espantoso en la frente y a un hombre mayor que llora sin control mientras abraza a una señora que parece ser su mujer y que yace en una camilla con una máscara de oxígeno en la cara. Pero la mirada de la teniente viaja hasta una doctora que está realizando una especie de triaje con los pacientes que los paramédicos meten en la carpa. Frunce el ceño, porque ve que la médica los está clasificando de forma incorrecta y la única consecuencia que traerá esa mala acción es que algunos mueran o no se les dé la atención correcta.

Sin pensarlo dos veces, se acerca hasta la mujer y empieza a revisar las etiquetas que les está colocando a cada uno de los heridos. Está utilizando cuatro colores para identificar el nivel de urgencia que tienen los pacientes y a Irina no le encaja que una persona que está visiblemente más muerta que viva, tenga prioridad sobre otra que tiene

heridas que pueden causar que se desangre en minutos.

—¿Qué crees que estás haciendo? —pregunta la doctora Bárbara Martín al percatarse de que una desconocida ha empezado a cambiar las etiquetas a los heridos.

—Lo estás haciendo mal —contesta la teniente sin siquiera mirarle la cara mientras sigue cambiando las pegatinas.

Bárbara, que todavía está mareada y aguantando las arcadas que van y vienen sin darle tregua, abre los ojos, iracunda. Está cansada de que algunas personas se tomen la libertad de cuestionar su trabajo, no es jefa de cirugía del Hospital Universitario Santa Lucía porque le han regalado el cargo, lo es porque ella es buena en su trabajo. O al menos eso es lo que se repite cada día cuando se despierta y atraviesa las puertas del centro médico. Está a punto de gritarle a esa mujer cuando un paramédico entra alzando la voz haciendo que todos se giren hacia él.

—Lo acabamos de sacar del vagón que ha descarrilado —explica—, está sin conocimiento y apenas tiene pulso.

Irina, acostumbrada a ver heridas incluso más graves, de inmediato se da cuenta de que no hay nada que hacer. El chico tiene un tubo de metal atravesado en la parte media del torso, tiene claro que le ha destrozado varios órganos vitales y hagan lo que hagan, no va a superarlo. La teniente se coloca el estetoscopio, evalúa sus constantes y le revisa las pupilas con una linterna para corroborar lo que ya sabía, no reaccionan.

—Llévenlo a aquella esquina —señala Irina donde están dos militares que reconoce como miembros de la UME—, no va a despertar y es imposible salvarlo.

—De eso nada —se alarma la doctora Martín—, aquí no dejamos morir a nadie porque tú digas que no tiene salvación. María José, ponle una vía, oxígeno y prepara un miligramo de epinefrina.

Irina cabecea, pero no es el momento de tener una discusión, así que se gira y se dirige hacia los otros pacientes que necesitan ayuda inmediata. Hace lo que mejor se le da, centrarse, analizar la situación y dar órdenes. Irina tiene una larga formación médica, aunque no sea doctora. Estudió enfermería cuando ya estaba dentro del cuerpo militar y en cada una de las misiones en las que ha estado, ha tenido que asistir a los médicos en muchas operaciones además de extraer balas, coser heridas, recolocar huesos fracturados y hasta amputar una pierna. Hacer de personal sanitario no es lo que más le gusta, pero lo hace bien y ella es de esas militares que están donde la necesitan y siempre sirve a su país.

—¿Necesitas ayuda? —escucha Irina tras ella mientras gira a una chica que parece tener una herida en la espalda.

—No, esto ya está. No tiene lesiones, solo un corte que necesita limpieza, algunos puntos y antibióticos.

—Si me necesitas, estaré detrás de ti —dice el médico mientras la mira de arriba abajo para después guiñarle un ojo.

Irina Bol, a la que pocas cosas la dejan fuera de juego, no abre la boca porque no puede entender como en un momento así, un imbécil de bata blanca la esté mirando como si estuviera desnuda en medio de la carpa.

—¡Joder! —el grito saca a la teniente de sus pensamientos y cuando busca el origen, se da cuenta de que proviene de la doctora que intentaba salvarle la vida al chico con el metal atravesado.

Bárbara Martín se quita los guantes con rabia y los tira al suelo. El paciente ha muerto y ella no ha podido hacer nada, así que sale de la carpa un momento para tomar aire porque entre el dolor que siente en el pecho y la mirada de suficiencia que Adrián Tena le dedica, la jefa de cirugía siente que en cualquier momento su cuerpo va a colapsar.

Irina sale tras ella después de dar un par de órdenes y observar que, pese a la locura, la situación está bastante controlada.

—Te dije que no iba a sobrevivir —suelta la militar frente a Bárbara, fijándose en la palidez de su piel y en el temblor de sus manos—, has gastado un tiempo valioso en alguien que ya estaba muerto, privando a otros pacientes de la ayuda que necesitaban.

Bárbara no puede más.

—¿Quién coño te crees que eres para llegar aquí dando órdenes y cuestionando el trabajo de los demás?

—Soy la teniente Irina Bol, estoy trabajando con la UME y...

—Yo soy la doctora Bárbara Martín, jefa de cirugía del Hospital Universitario Santa Lucía y soy quien da las órdenes aquí. Tú no eres médico y aquí no tienes injerencia, ve a hacer lo que sea que hagan los militares y no interfieras en mi trabajo.

Irina levanta una ceja y observa a Bárbara con curiosidad.

—No soy doctora, en eso tienes razón, pero tengo formación médica y por algo me han enviado hasta aquí —la militar no está dispuesta a perder el tiempo explicándole a Bárbara que al menos ella sabe cómo clasificar a los heridos y salvar a quien sí que tiene una oportunidad.

—Te repito que las órdenes las doy yo, así que...

Ahora es Irina quien la corta.

—¿Cómo coño vas a dar órdenes si lo único que te falta es vomitarte los pies y cagarte encima? —dispara la militar—. Céntrese, doctora Martín, si no quiere seguir perdiendo pacientes.

Irina da la vuelta para volver a la carpa dejando a Bárbara tiesa y con la boca cerrada, tratando de controlar ese mareo que no se marcha y las ganas de vomitar mientras se frota el cuello con la mano.

CAPÍTULO 5

La doctora Martín se toma unos segundos para tratar de calmarse, se aparta a un lado para no entorpecer el paso de nadie y se aprieta el puente de la nariz con fuerza. Mira a la teniente Irina Bol de reajo, pensando que la odia y, al mismo tiempo, reconociéndose a sí misma que la militar tiene razón en todo lo que le ha dicho hasta el momento. Bárbara es consciente de que la presión está sobrepasándola, sobre todo cada vez que, como ahora, ve los ojos del doctor Adrián Tena clavados en ella, observándola de ese modo que ella no soporta, como si él lo fuera todo y ella no fuera nada. Así fue durante los dos años que estuvieron juntos. Adrián consiguió que ella sintiera que no servía para nada, que nunca era lo suficientemente buena para él ni para el trabajo, hasta que la relación acabó y Bárbara poco a poco fue recuperando su autoestima, pero a nivel laboral, todavía le cuesta porque siente esa presión constante, como si siempre tuviera que demostrar algo, y eso en ocasiones como esta, le hace cometer fallos que no se puede permitir.

—¿Piensas hacer algo o vas a quedarte ahí mirando cómo trabajamos los demás?
—pregunta el doctor Tena pasando por su lado.

Bárbara se sobresalta y, rápidamente, sus ojos escanean la inmensa carpa en la que se encuentra en busca de algún paciente al que atender. Ni siquiera ella misma entiende el motivo por el que le permite todavía hablarle así, desde que la ascendieron, su autoridad está por encima de la de Adrián —algo que él no lleva bien y sus ataques y desprecios hacia Bárbara se han vuelto más constantes— y sigue sin atreverse a pararle los pies.

A Irina no se le ha escapado ni un solo detalle de la situación incómoda que acaba de producirse entre los dos doctores. No se siente orgullosa del comentario que le ha hecho a Bárbara hace un momento, teniendo en cuenta que es evidente que la doctora no se encuentra bien porque sigue pálida, así que la va controlando de reajo. En cuanto al doctor ególatra y repeinado que ha tratado de ligar con ella hace un par de minutos, Irina no quiere perderlo de vista porque le parece el típico gilipollas que con tal de llamar la atención y pavonearse de sus logros, es capaz de ponerse a operar a un paciente que no lo necesita allí mismo. Por eso ha presenciado ese ataque de él hacia ella, y ahora el doctor no solo le cae peor, sino que le da rabia que Bárbara no se defienda de un gilipollas como ese.

Otra oleada de pacientes llega a la carpa tras ser rescatada de otro de los vagones. De repente, la calma que habían logrado hacía unos minutos, se vuelve otro caos entre lamentos y sollozos que se mezclan con los gritos que médicos y enfermeras van dando para ubicar a los heridos. Irina se hace cargo de más de diez pacientes con la ayuda de un médico y un enfermero del SAMUR. Se pasa los siguientes quince minutos moviéndose de un lado a otro, poniendo orden en medio del caos, hasta que suspira tranquila al ver

que todo empieza a estar controlado por su zona. Los pacientes más graves están siendo trasladados, los fallecidos ya están fuera de las camillas y ellos están atendiendo a los demás. Entonces ve entrar otra tanda de heridos, esta vez más reducida, y a la doctora Martín haciendo una evaluación rápida para decidir quién es trasladado con prioridad al hospital.

Irina asiste perpleja al momento en el que Bárbara trata de presionar la arteria femoral de un chico mientras pide que se lo lleven con urgencia. La sangre sale a borbotones como si fuera un aspersor y el joven tiene una lividez que asusta, además de la mirada perdida.

—¡Necesito sangre! —grita Bárbara histérica.

Irina duda sobre si debe actuar o no, pero ve entrar otras dos camillas, dos personas conscientes a las que no se está evaluando porque la doctora está ofuscada con un joven al que es imposible salvar. Se quita los guantes y los tira al suelo mientras camina hasta ella y la aparta de la camilla con contundencia.

—¿Qué mierda haces? —pregunta Bárbara roja de rabia.

Irina no quiere discutir, ni tampoco desautorizarla delante de su personal, por lo que la coge de la barbilla y se acerca mucho a ella para asegurarse de que mire hacia donde mire, solo verá sus ojos.

—Escúchame bien —le dice sin soltarla, casi atropellándola con el cuerpo—. La ambulancia no habrá recorrido ni un kilómetro y ese chaval ya estará muerto. Sé que lo sabes, y también sé que duele mucho dejar morir a alguien tan joven, pero tienes que centrarte de una puta vez, doctora. Si te han enviado aquí, es porque eres una mujer competente y muy capaz. Deja los nervios a un lado, pasa de todo lo que diga ese médico repeinado y salva vidas, estoy segura de que eso se te da muy bien.

La teniente Irina Bol termina de hablar y se aparta para dirigirse a uno de los dos pacientes que acaban de entrar. Bárbara vuelve a quedarse quieta un par de segundos, con el pulso disparado y ganas de llorar de rabia, pero tras ese instante que se permite, da la orden de que den morfina al chico y ella se dirige hacia el otro paciente.

Media hora más tarde vuelve a estar todo bajo control. Bárbara se quita los guantes y, tras echar un vistazo por toda la carpa y ver que nadie la necesita, decide salir para que le dé el aire porque siente que se está ahogando allí dentro. Al cabo de un par de minutos, María José, la enfermera jefa, que también ha presenciado los movimientos erráticos de su amiga y los encontronazos que ha tenido con la teniente, sale para ver cómo se encuentra.

—¿Qué tal estás? —pregunta al verla sentada sobre un pedrusco.

Bárbara levanta la mirada y sonríe agotada.

—Bien —miente sin ganas de hablar.

María José, que la conoce demasiado, se agacha frente a ella captando su atención.

—Tienes que tranquilizarte, Bárbara. Entiendo que estés nerviosa y que la presencia de Adrián no te esté ayudando, pero tienes que ignorarlo.

—Es fácil decirlo cuando no es a ti a quien mira como si fueras una inútil —responde Bárbara.

María José se enfada.

—Tú y yo sabemos de sobra que no eres ninguna inútil. Ese cabrón te ha tratado siempre como si fueras inferior a él, ¿y sabes por qué lo hace? Porque se siente inseguro cuando te tiene cerca, Bárbara, porque eres mucho mejor médica que él y él lo sabe, la única que parece no verlo eres tú.

María José le clava un dedo en el hombro con tanta fuerza, que hace tambalear a Bárbara.

—Pues hoy no lo estoy demostrando —reconoce con una mueca.

—Eres humana y estás soportando mucha presión, la de estar al frente de algo así y la de aguantarlo a él, pero tienes que compartimentar aquí dentro —ahora le clava un dedo en la cabeza—. Deja salir a esa Bárbara fría que yo conozco, la que es capaz de operar a un paciente a corazón abierto mientras dirige otra operación de urgencia por teléfono.

Bárbara deja que el aire de un intento de sonrisa le salga por la nariz, en ese momento, la teniente Irina Bol sale también de la carpa y sus miradas se cruzan un segundo.

—Debe pensar que soy una incompetente —dice Bárbara señalándola con la cabeza cuando Irina se gira para hablar con un soldado.

María José observa a la militar y sonríe.

—Todavía estás a tiempo de demostrarle que se equivoca. Así que espabila, que por lo que me han dicho, tienen que traer más heridos.

Bárbara asiente y se levanta, tendiéndole la mano a su amiga para ayudarla a hacer lo mismo. Cuando entra en la carpa, ve al doctor Tena al fondo cosiendo la herida de un paciente. Él le dedica una mirada reprobatoria como si condenara el hecho de que se haya permitido salir a despejarse, sin embargo, en esta ocasión, Bárbara no aparta la mirada y camina con dignidad cuando pasa por su lado. Tomarse ese tiempo y la conversación con su amiga le han servido para calmar los nervios y encontrar esa frialdad que suele convertirla en una de las mejores cirujanas.

Cuando llega la siguiente oleada de pacientes, Bárbara los recibe y esta vez no le tiembla el pulso ni deja que la dominen las emociones. Ante la mirada satisfecha de Irina Bol, que la observa desde el fondo de la carpa, Bárbara va colocando etiquetas de colores a los pacientes sin cometer un solo error. Cuando termina con el triaje, empieza a atender a los heridos que se quedan en el hospital de campaña a la espera de ser trasladados cuando haya ambulancias disponibles mientras sigue dando órdenes a médicos y enfermeras, recibiendo un gesto de asentimiento y aprobación de Irina cuando sus miradas vuelven a cruzarse.

CAPÍTULO 6

El personal médico que asiste a los heridos, que los medios de comunicación han catalogado como uno de los peores episodios que ha vivido Madrid en los últimos años, está completamente agotado. El conteo sigue sin ser oficial, pero se estima que al menos doscientas veinte personas resultaron heridas y diecisiete fallecidas. Los pacientes han sido trasladados a tres hospitales diferentes y, a esas horas de la noche, los médicos poco pueden hacer. Quienes quedan en el lugar del accidente son bomberos, policías y militares.

La doctora Bárbara Martín está tan agotada que se le ha nublado varias veces la vista, pero ha comido, como ha podido, un sándwich de dudosa procedencia que le han ofrecido y una bebida energética —que ella detesta, pero en ese momento le parece necesaria— que le llena un poco las reservas de energía para continuar porque de una cosa está segura, no piensa volver a su apartamento sin antes pasar por el hospital, revisar que todo esté controlado y organizar que los siguientes turnos estén cubiertos.

—Es más rápido en helicóptero —suelta la jefa de enfermeras acomodándose en una patrulla de la Policía Nacional que va a llevarlas al hospital.

—Sube tú —dice Bárbara—, bastante mal lo pasé cuando vinimos. Solo me subo en un aparato de esos cuando es estrictamente necesario. Estamos cerca del hospital, llegaremos en un momento.

María José le aprieta el brazo a su amiga de forma cariñosa porque es consciente del pánico que siente Bárbara. Algo llama su atención y gira la cabeza hacia varias luces que se agrupan en un punto cercano a donde descarriló el tren.

—¿Qué es eso? —pregunta la enfermera jefa a uno de los agentes de policía.

—La UME va a realizar una última batida junto a un equipo de bomberos, en estos casos siempre hay que revisar que no queda ningún herido atrapado entre los vagones o en los alrededores —contesta el conductor mientras gira el vehículo y enfila la salida.

—Aquí no hay nadie —dice Irina Bol tras revisar dos vagones que casi se han partido por la mitad después de que el tren descarrilara.

—Por aquí tampoco —contesta su compañero, un cabo que la está acompañando.

Ambos militares caminan iluminados por una linterna que llevan cada uno en la cabeza, es noche cerrada y apenas se ve nada, pero saben que no pueden esperar a que sea de día para realizar esa última búsqueda. Irina, acostumbrada a caminar entre bombas, se pega todo lo posible a los vagones, pero sin apenas tocarlos, están muy cerca del terraplén por donde cayó el vagón silencioso y sabe que cualquier movimiento en falso sería muy peligroso. En cambio, su compañero, novato y bastante arriesgado, pasa

sin prestar demasiada atención, sin darse cuenta de la cantidad de hierros que sobresalen por uno de los laterales de un vagón.

—¡Cuidado! —grita Irina demasiado tarde cuando el cabo tropieza y se sujeta al amasijo de hierros para no caerse.

La militar salta sobre el chico cuando ve un leve movimiento en el vagón, logra quitarlo del medio, pero para ella es demasiado tarde, la puerta de la cabina acaba desprendiéndose y la golpea. Apenas es un roce, pero Irina cae con fuerza cuesta abajo y su cuerpo tropieza con piedras, escombros y todo lo que encuentra a su paso.

—¡Joder! —balbucea Irina tendida en el suelo con la cara llena de tierra. Intenta moverse y suelta un alarido de dolor que le indica que está herida.

—¡Teniente Bol, ¿puede oírme?! —grita una voz masculina a lo lejos.

—Sí —habla, pero se ahoga y empieza a toser como si se le fuera la vida.

—¡No se mueva, vamos hacia usted! —sigue diciendo la voz.

Veinte minutos más tarde, Irina entra tumbada sobre una camilla a una de las carpas improvisadas que han servido durante todo el día para atender a cientos de personas.

—Hay que trasladarla al hospital —dice un médico militar que la examina a conciencia—, tiene muchos cortes y parece tener varias costillas fracturadas. No veo otras fracturas en extremidades, pero hay que hacer radiografías para descartarlas. ¿Le duele algo más?

Irina piensa qué contestar, le duelen hasta las uñas de los pies. Pero ella es testaruda y a chica dura no le gana nadie.

—Estoy bien —dice como toda respuesta.

El médico la observa durante unos segundos y se dirige a un paramédico que espera órdenes.

—En cuanto llegue al hospital, que descarten lesiones internas, se ha dado un buen golpe y estas caídas suelen ser muy peligrosas —el médico vuelve la cara hacia Irina—. Te suministraré un calmante, tienes cara de no aguantar más el dolor.

En cuanto suben a la teniente a la ambulancia, el conductor anuncia por la radio que traslada a una herida que, aunque se mantiene estable, ha sufrido una gran contusión. De inmediato la derivan al Hospital Universitario Santa Lucía, es el más cercano y pese a que muchos heridos han sido atendidos allí, la sala de urgencias está despejada.

—Doctora Martín —la llama una de las enfermeras del turno de noche—, traen a otro herido del accidente de tren.

—¿Otro? —pregunta Bárbara con el ceño fruncido, le habían dicho que la zona había sido despejada—. ¿Gravedad?

—Está consciente, pero tenemos que estar preparados, la caída ha sido dura.

Bárbara se frota los ojos con los dedos; el cansancio la domina, pero no va a impedirle cumplir con su trabajo. Sale para coordinar a sus médicos, se pone unos guantes y espera junto a la enfermera la llegada del herido.

—Necesito un TAC y un ultrasonido. Que venga también un traumatólogo —se

oye decir desde la camilla que atraviesa la puerta de la sala de urgencias.

La doctora Bárbara Martín siente dos cosas en ese momento; una especie de descarga eléctrica en el pecho al saber que la mujer que la ha puesto en su lugar varias veces ese día ha resultado herida y un cabreo monumental al darse cuenta de que la teniente entra dando órdenes como si estuviera a cargo de una misión militar.

La primera intenta ignorarla porque no tiene tiempo de analizar lo que ha sentido, pero de la segunda, no duda en hacerse cargo. Irina está entrando en su casa y ahí manda ella.

—Teniente, vaya coincidencia —dice Bárbara mientras le revisa las pupilas con una linterna.

—Las coincidencias no existen, doctora, será el destino que nos quiere juntas —contesta Irina con una mueca de dolor.

Bárbara no puede evitar que sus labios se curven en la primera sonrisa real que se pinta en su cara desde hace muchos días.

—¿Ha querido ser usted una heroína hoy? —pregunta la doctora arrastrando la camilla a un box cercano.

—Eso parece, pero no me ha salido del todo bien.

—Le haremos algunas pruebas para descartar cualquier lesión grave —contesta Bárbara.

—Un TAC y ...

—Yo estoy al mando y espero que le quede claro —la corta Bárbara mirándola a los ojos—. Así que es mejor que esté quieta, callada y me deje trabajar.

Irina no sabe si es esa nueva actitud en la doctora Bárbara Martín, los tranquilizantes que le han puesto o esos labios perfectos lo que hace que, a pesar del dolor, su entrepierna se contraiga un par de veces mientras la escucha dar órdenes.

CAPÍTULO 7

A Irina la despierta el dolor al tratar de moverse de manera inconsciente. Además de los múltiples hematomas repartidos por su cuerpo, tiene como premio dos costillas rotas en el costado derecho. La respiración se le corta y es incapaz de contener un alarido de dolor que, para su sorpresa, despierta también a la doctora Martín, que descansaba medio desmayada en el sillón de la habitación doble que le asignaron a la teniente junto a otra mujer que resultó herida en el accidente.

Bárbara se pone en pie como un resorte, aturdida, despeinada y con un cansancio extremo. Estaba tan agotada cuando terminó de atender a Irina, que cuando se pasó por la habitación para ver que la teniente estaba bien una vez la subieron a planta, decidió que el sillón vacío que había a su lado era perfecto para echar una cabezada y dormir unas horas antes de ponerse de nuevo en marcha.

—Intente respirar despacio —le aconseja Bárbara que, a pesar de que acaba de despertarse, tiene la voz muy suave y melosa, algo que tranquiliza a Irina—. Ya sabe cómo va esto, teniente, dolor agudo que empeora al respirar, toser, estornudar o moverse, pero ha de hacerlo, sobre todo respirar —dice poniéndole una mano en el centro del pecho.

Irina esboza una sonrisa y hace una mueca de dolor.

—Se ha dejado algo, riendo también duele —dice con esfuerzo—, y se ha levantado usted muy graciosa.

Bárbara también sonríe y coge el mando para incorporarle un poco la cama tras comprobar que ya está amaneciendo.

—¿Quiere agua o que le ponga la cuña?

Irina arquea una ceja mientras Bárbara se arregla el pelo con los dedos, consciente de que tiene la cola mal hecha.

—No pienso dejar que me ponga usted la cuña, doctora, me puedo levantar.

—Hoy no —zanja Bárbara en voz baja para no despertar a la mujer que duerme al lado.

—¿Cómo qué no? —frunce el ceño Irina—. Yo también tengo conocimientos en medicina y sé que, aunque tenga las costillas rotas, es aconsejable moverse un poco para evitar el riesgo de una pulmonía.

—Está en lo cierto, pero no en las primeras horas si no quiere llorar de dolor. Hoy no se va a levantar de la cama. Si no quiere que le ponga yo la cuña me parece bien, cuando lo necesite, pulse el botón y llame a una enfermera, pero de aquí no se mueve.

—De acuerdo —acepta Irina entornando los ojos—. ¿Qué hace aquí, doctora? ¿Me echaba tanto de menos que no ha podido marcharse?

Bárbara se tensa por completo ante la pregunta inesperada. La mirada provocadora de Irina la pone muy nerviosa, pero aguanta el tipo como puede y saca su linterna para hacerle un examen y comprobar su estado.

—Para nada, solo quería asegurarme de que ha comprendido que aquí es una paciente más y no puede darle órdenes a mi personal.

Irina se ríe y el dolor le atraviesa las costillas provocando que otro quejido de dolor escape de su garganta.

—Sabe que en cuanto salga usted por la puerta —dice tratando de disimular la intensidad de los pinchazos que le cruzan el costado—, haré lo que me dé la gana.

Bárbara sonríe entre divertida y sorprendida por la capacidad de la teniente para bromear en un momento así.

—Y usted sabe que me acabaré enterando y que dispongo de los medios para complicarle mucho la existencia durante los días que pase aquí —amenaza Bárbara y le levanta el párpado derecho para enfocarle la pupila.

Irina se queda quieta y se deja hacer el examen neurológico con media sonrisa dibujada en la expresión. La Bárbara que está conociendo aquí le está gustando mucho, muestra una seguridad y determinación que parecía no encontrar cuando estuvieron en la carpa, sobrepasada por las circunstancias y la presencia de ese doctor avasallador con el que es evidente que tiene algún tipo de problema.

Como si por haber pensado en él, el tipo hubiera respondido a una llamada, la puerta de la habitación se abre y el doctor Tena entra por ella. Irina no esconde su mueca de asco al verlo y Bárbara da un paso atrás de manera inconsciente cuando él levanta la mirada de su tablet y repara en ella.

—Vaya, buenos días —saluda sin dirigirse a nadie en concreto, acompañando sus palabras con una sonrisa radiante, el pelo mojado tras una ducha, la ropa limpia y la expresión fresca tras ser evidente que ha dormido varias horas en una cama.

—Hola, doctor Tena —responde Bárbara—. ¿Qué hace aquí? —pregunta la doctora con evidente desconcierto.

El doctor señala hacia la otra cama y encoge los hombros como si fuera evidente.

—Vengo a ver a mi paciente. No se ofenda, doctora Martín, pero tiene un aspecto lamentable, aunque últimamente está muy desmejorada si me permite el comentario —lanza un dardo envenenado y se pasa la mano por la barbilla recién afeitada—. En fin, voy a ver a mi paciente.

El doctor Tena pasa hacia la otra cama y corre la cortina entre las dos pacientes. Irina se gira hacia Bárbara dispuesta a preguntarle por qué no se ha defendido de ese ataque gratuito que le acaba de lanzar el doctor, pero entonces la ve ahí, paralizada como una estatua mientras se mira el pijama médico con el que ha dormido, arrugado y sudado después de haberse pasado demasiadas horas sin un solo descanso. De nuevo se pasa la mano por el pelo y trata de mejorar esa cola que se ha hecho antes. Irina aprieta la mandíbula y suspira haciéndose daño en las costillas. En su opinión, así de natural, con

los mechones escapando por los lados y cayendo por su cuello, y la sonrisa con la que Bárbara la ha saludado al despertar a pesar de su cansancio, a ella le parece una mujer muy atractiva. Irina está acostumbrada al campo de batalla, allí no hay tiempo para arreglarse, solo para pelear y salvar vidas, para ser mujeres fuertes, y esas son las que más le ponen.

—¿Cuántas horas lleva trabajando, doctora? —le pregunta Irina sacándola de su trance.

Bárbara parpadea un par de veces tratando de recordar cuando llegó al hospital.

—Unas treinta y seis, me parece —dice y le sonríe.

—¿Por qué no se va a casa a descansar cómo debe? Está muy pálida, y así no rinde —Irina entorna la mirada—. Dese una buena ducha, beba café y coma comida decente, y después vuelva aquí y siga dando órdenes como un sargento, empezando por poner en su sitio a ese doctor —añade bajando la voz.

Bárbara se ríe.

—Es tentador, quizá lo haga.

—Debería —opina Irina sin decir más sobre el tema para no molestar a la doctora.

—Bueno, pues le voy a hacer caso y me marcharé unas horas. Espero que me haga caso usted a mí y no tenga que enfadarme cuando vuelva porque alguien me diga que se ha levantado de la cama.

—Le prometo que seré buena.

Por su expresión gamberra, Bárbara no sabe si creerle, pero tampoco puede hacer otra cosa, así que se da la vuelta dispuesta a salir de la habitación.

—Doctora —la llama la teniente, haciéndole un gesto con el dedo para que se acerque y así poder hablarle en confidencia.

—¿Qué pasa? —pregunta Bárbara acercándole el oído a los labios.

—Alguien debería revisarle la vista a ese doctor repeinado de ahí al lado, porque en mi opinión, está usted muy guapa —asegura Irina.

El pulso de Bárbara se dispara al escucharla y se incorpora de inmediato con una sonrisa tonta en la boca de la que no puede deshacerse hasta que sale de la habitación.

CAPÍTULO 8

—¿A dónde vas, cariño? —pregunta la abogada Raquel Martínez al observar que su chica sale de la habitación vestida y dispuesta, por lo que ve, a salir de casa.

—Irina está ingresada —dice y se agacha a hacerle una caricia a Susto que, al escuchar sus pasos, ha corrido hasta ella como si de eso dependiera su vida.

—¿Qué le ha pasado? —pregunta Raquel con preocupación mientras se quita las gafas de lectura.

—Tuvo una caída cuando estaba trabajando en el accidente del tren. Parece que no ha sido grave, pero se ha dado un buen golpe.

—Salúdala de mi parte —dice Raquel antes de que Candela se acerque a ella y le dé un beso en los labios a modo de despedida.

Casi una hora después, Candela Montero está entrando en el Hospital Universitario Santa Lucía y, tras hablar con una enfermera, sube a la planta en la que su amiga está ingresada. Da dos toques a la puerta y accede a la habitación encontrándose a Irina en una posición incómoda sobre la cama y un gesto de dolor en el rostro.

—¡Vaya careto! —suelta Candela acercándose a la militar.

—Yo también me alegro de verte —contesta Irina como puede, el dolor la está matando porque no para de moverse.

—¿Cómo estás?

—Viva —dice Irina y se pone seria—, me he salvado de milagro, si la puerta me hubiera dado de lleno, no lo habría contado.

—Pero me lo estás contando, así que te queda mucha guerra para dar —dice Candela y se acerca para darle un abrazo con cuidado.

Irina le explica con todo lujo de detalles a su amiga lo ocurrido el día anterior. Le cuenta que la policía está haciendo una investigación más detallada porque es muy extraño que un coche haya sido abandonado de esa manera en medio de las vías por donde pasan varios trenes de alta velocidad durante el día y no lo hayan reportado a las autoridades. Las dos mujeres cambian de un tema a otro como si llevaran años sin verse y caen en algunos chismorreos sobre compañeros que tuvieron en común cuando iban de misiones juntas.

La teniente Bol suelta una carcajada tan fuerte como dolorosa cuando Candela dice alguna tontería que le hace demasiada gracia y esta se levanta de inmediato y le pone la mano en el pecho para infundir un poco de calma, momento en el que se abre la puerta y la doctora Bárbara Martín, que no se esperaba que su paciente tuviera compañía, se

queda congelada con el pomo en la mano sintiendo como un latigazo inexplicable le atraviesa la espalda.

—No puede estar aquí —suelta Bárbara reaccionando al fin cuando termina de entrar en la habitación—. La hora de visitas ha finalizado hace rato.

Candela levanta una ceja y está tentada a reprocharle su mala educación, pero guarda silencio al escuchar a Irina hablar.

—Candela solo va a quedarse cinco minutos más —la voz de Irina no es para nada amable, le ha molestado la actitud de la doctora, que es muy distinta a la que vio esta mañana.

La doctora Martín no dice nada, se acerca a Irina, revisa sus constantes, la medicación y le palpa el torso. No levanta la mirada en ningún momento, aunque sabe que dos pares de ojos la observan sin apenas pestañear. Casi en un murmullo dice que volverá más tarde y se gira para salir de la habitación que de pronto le ha resultado asfixiante.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Candela con un tono burlón que Irina capta de inmediato—. No te habrás tirado a la doctora estirada, ¿no?

Irina sonríe y cabecea.

—No es tan borde como acaba de aparentar, y no, no me he liado con ella. Es tan hetero como tú lesbiana.

—Y como tú, guapa, que te gustan más las mujeres que a un niño un videojuego —suelta Candela con las cejas levantadas—. Además, qué tendrá que ver que sea heterosexual, sabes que yo no creo en eso. A las personas les gustan las personas, punto.

Irina pone los ojos en blanco.

—Eso... Eso ha sido un claro ataque de celos —zanja Candela y se levanta para despedirse de su amiga y marcharse, dejando a Irina pensativa.

—¿Estás bien? —María José Morales lleva al menos cinco minutos viendo como su mejor amiga aporrea con tal fuerza el teclado, que teme que lo parta en dos.

Bárbara no pestañea, tiene el ceño fruncido y la mirada clavada en la pantalla del ordenador. Cuando salió ofuscada de la habitación, caminó hasta la estación central para introducir en el ordenador una actualización de la historia de su paciente.

—Bárbara —la llama la jefa de enfermeras y le toca el brazo.

La doctora da un bote como si se hubiera electrocutado.

—¿Qué pasa? —pregunta con la cara hecha una piedra.

—Llevo rato aquí y no sé a quién quieres matar, pero cuenta conmigo.

La jefa de cirugía sonríe abiertamente porque, a pesar de ese resquemor inexplicable que siente desde hace un rato, María José siempre la hace reír y está a su lado de manera incondicional.

—¿Me lo vas a contar? —insiste la enfermera.

—Nada, mucho trabajo y he descansado muy poco. Estoy agotada —miente como una bellaca porque no puede explicar algo que ni ella misma comprende.

—Te hace falta un buen polvo y dormir doce horas. ¿Has vuelto a quedar con Miguel?

—Manuel —corrige Bárbara—, y no, no pienso volver a verlo nunca más.

—Pobre —dice María José con tono fingido—, con lo ilusionado que se le veía.

—Para lo ilusionado que se le veía —repite Bárbara—, el tío eligió las dos veces el mismo restaurante, carísimo, por cierto, y se pidió tres platos para él solo y media botella de vino. Yo solo me comí un tartar y tuve que pagar la mitad de una cuenta astronómica. Luego me llevó a su casa, me echó un polvo de mierda de cinco minutos y se quedó dormido nada más acabar. Tuve que coger un taxi a las tantas de la noche porque no había manera de despertarlo. Al día siguiente me llamó para repetir porque según él fue la mejor cita de su vida. Machista, tacaño y mal polvo, antes de volver a quedar con él, hago voto de castidad.

Para ese momento, María José se limpia las lágrimas de tanto reírse bajo la mirada furibunda de su amiga. Aunque trabajan juntas y se lo cuentan todo —o casi todo— la enfermera no sabía los detalles de la última cita que había tenido con aquel chico tan guapo.

—Yo creo que eres muy exigente —dice cuando por fin se repone del ataque de risa.

—Después de estar dos años con el imbécil de Adrián, siento un rechazo importante hacia los hombres. Te juro que lo he intentado, he salido con varios y todos me parecen unos patanes. No lo soporto.

—Puedes probar con chicas —suelta María José como si nada y a Bárbara se le cae la carpeta que había cogido—. Mi prima Susana lleva ya tres años con su novia, esa que estaba enamoradísima de su marido, pues ahora está feliz con su chica y dice que es lo mejor que le ha pasado en la vida.

—¡Doctora Martín! Tenemos un código rojo, la necesitamos en el quirófano para una operación de emergencia —grita una enfermera que aparece frente a las dos mujeres.

Bárbara se gira y corre hacia el ascensor intentando respirar porque el comentario de la jefa de enfermeras la ha dejado petrificada y es porque ella, en otro momento, la hubiese tachado de loca, pero por alguna razón, después de conocer a Irina Bol, el salir con una mujer no le parece una idea tan descabellada.

CAPÍTULO 9

Al día siguiente Bárbara llega al hospital con la mente más despejada en cuanto a descanso. Después de la operación de urgencia que la tuvo cuatro horas en el quirófano, atendió a un par de pacientes y, finalmente, decidió que debía marcharse a casa y descansar de verdad.

Apenas había dormido seis horas en los últimos días y si quiere hacer bien su trabajo, sabe que necesita desconectar. Ahora acaba de cruzar la puerta con su vaso térmico todavía lleno de café en la mano. Da un sorbo antes de dejar sus cosas y cambiarse mientras sigue pensando en la maldita teniente Irina Bol. Sabe que debe disculparse por su comportamiento infantil y absurdo de ayer, pero por mucho que busca las palabras en su mente, no encuentra la manera de encarar una conversación que se le antoja absurda. Además, desde que María José hizo ese comentario inocente sobre salir con una mujer, ella no ha podido dejar de pensar en Irina, y no consigue explicarle por qué le pasa eso.

—Esa cara ya es otra cosa, ¿dónde te has dejado las ojeras? —pregunta María José con tono divertido cuando se encuentran por los pasillos.

—Lejos, espero —sonríe Bárbara y la saluda con un breve abrazo sin soltar su vaso de café, la dosis de energía que necesita para enfrentarse a semanas como esa.

—Tan lejos como las arrugas —añade María José con un guiño—, vamos, tenemos reunión de última hora —dice colgándose de su brazo.

—¿Ahora? —se extraña Bárbara mirando su reloj—, tengo que ver a mis pacientes y un montón de trabajo acumulado en el despacho —protesta tratando de zafarse.

—Eso cuéntaselo a los de arriba, la reunión la han convocado ellos. Tampoco creo que tarden mucho, ya sabes que si no trabajamos no facturan, y a estos lo único que les gusta es el dinero —concluye María José.

Ambas entran en la sala de conferencias y formación, que consta de decenas de hileras de asientos colocados de forma escalonada hacia abajo para que todos puedan ver el enorme escenario de la parte más baja. El personal sanitario convocado está reunido en las primeras filas, que están llenas por completo, por lo que las dos amigas se quedan de pie en uno de los lados, junto a otros muchos compañeros.

La impaciencia de Bárbara porque empiece la reunión y poder salir de allí no dura mucho, enseguida aparecen tres de los directivos del hospital y, tras ellos, en un segundo plano, el doctor Tena.

—¿Qué hace ese ahí? —susurra María José torciendo el morro.

—No lo sé —frunce el ceño Bárbara, que intuye que nada de lo que va a pasar a

partir de ahora, va a gustarle.

Los directivos no tardan mucho, es solo uno de ellos el que toma la palabra para recordarles a todos que, lamentablemente, el director del hospital, Esteban Sánchez, ha sido una de las víctimas que ha fallecido en el descarrilamiento del tren y que, hasta que evalúen a un candidato en las condiciones adecuadas, será el doctor Tena el que lo sustituya.

—Madre mía —susurra María José con los ojos abiertos como platos.

Bárbara no hace ningún comentario, pero su pulso se acaba de disparar como si hubiera venido corriendo.

—Bien, solo queríamos que lo supieran, les dejamos con él —dice el hombre y se aparta para dejar paso a Adrián Tena, que se baja del escenario como si fuera una estrella del rock y se sitúa frente a todo el personal.

—Antes de que todos volvamos a nuestros puestos, me gustaría que me hagáis un breve resumen de cada uno de vuestros pacientes procedentes del accidente —dice elevando la voz, al mismo tiempo que dedica una breve mirada a los directivos.

—Pelotero de mierda —masculla María José.

—Espero que encuentren a alguien más adecuado pronto, o esto será un infierno para todos —responde Bárbara a su amiga.

Los médicos van haciendo un resumen de sus pacientes hasta que le llega el turno a Bárbara y explica el estado de la teniente Bol, añadiendo que, si no hay ningún contratiempo, hoy le dará el alta.

—Yo le daría algo más que el alta —escucha un comentario entre dos médicos, concretamente, los amiguitos inseparables de Adrián; Miguel y Juan.

—Y que lo digas —responde el otro mientras ambos se ríen—, la tía tiene un buen polvo. La invitaría a un par de copas y cuando estuviera más dispuesta, la empotraría en el lavabo.

Bárbara jamás los ha soportado. Cuando estaba con Adrián tuvo que aguantarlos en varias ocasiones y son los típicos hombres guaperas que se piensan que, porque son médicos, cualquier mujer debe caer rendida a sus pies, lo que los convierte en auténticos gilipollas egocéntricos, maleducados y machistas. Pero esa antipatía que siente hacia ellos no es lo único que le molesta a Bárbara, en esta ocasión, que el objeto de los comentarios obscenos y asquerosos sea Irina, le molesta mucho más que si fuera cualquier otra compañera.

—Vámonos antes de que apuñale a alguien —dice María José, cogiéndola de nuevo por el brazo.

Bárbara se deja llevar, no sin antes dedicarles una mirada de asco que ninguno de ellos ha visto. Las dos amigas se separan en el pasillo y Bárbara va directa hacia la habitación de Irina. La abre con decisión, todavía movida por la rabia que le ha provocado el comentario, pero cuando ve la mirada con la que la taladra Irina, Bárbara siente que le tiemblan las rodillas.

—Buenos días —saluda nerviosa la doctora.

—Hola —contesta Irina con sequedad, todavía molesta por el comportamiento de

la doctora con su amiga la tarde anterior.

Bárbara nota una especie de sofoco repentino y siente que sus pensamientos la traicionan y se entremezclan en su cabeza acelerando su pulso cada vez más. Le viene a la mente otra vez la conversación de ayer con María José y su propuesta de salir con mujeres. Piensa también en que Adrián es ahora su jefe y siente vértigo, pero lo que más la trastorna, es el comentario de los dos médicos sobre Irina, porque en una cosa tienen razón esos desgraciados, Irina es odiosamente atractiva.

—¿Cómo te encuentras hoy? —pregunta sin moverse de la entrada.

—De maravilla —responde Irina aguantándole la mirada.

—Siento lo de ayer —dice y se ahueca la bata para aliviar el calor que siente tras pasarse la mano por el cuello.

—¿Qué sientes exactamente? —la provoca Irina.

—El modo de hablar que tuve con tu amiga, no estuvo bien —reconoce Bárbara.

—No, no estuvo bien —confirma Irina relajando la expresión mientras da un repaso descarado a la doctora.

—Si no vuelvo a verla, espero que me disculpes ante ella, yo no soy así —sigue Bárbara.

—Y si no eres así, ¿por qué lo fuiste ayer? —indaga Irina, disfrutando de la situación.

—No lo sé —responde Bárbara acercándose a la cama.

—Yo creo que sí que lo sabes —dispara la teniente, dejando a la doctora más descolocada con esa sonrisa torcida que acaba de dibujar en su rostro—, pero tampoco hace falta que profundicemos tanto —añade dándole una tregua.

—Eres muy amable —entorna los ojos Bárbara.

—Lo sé. Haremos una cosa, si quieres que yo acepte tus disculpas, tú tienes que aceptar una cena conmigo —propone Irina.

A Bárbara la pone tan nerviosa la invitación, que colapsa.

—Yo no soy lesbiana —suelta de repente y a Irina las cejas se le arquean antes de que se le escape una risilla socarrona.

—Pues te felicito, doctora, me parece muy bien —dice con un tono burlón y provocador que hace que Bárbara se sienta estúpida por su desafortunado comentario—. Yo sí que lo soy, pero no hay ningún problema en que tú no lo seas porque esta invitación solo es para agradecerte lo que has hecho por mí aquí, no para llevarte a la cama.

La teniente acompaña sus palabras con un guiño que provoca una sacudida en el pecho de Bárbara que no logra explicarse. Aturdida porque lo último que necesitaba saber para que le explote la cabeza era que a la teniente le gustan las mujeres, asiente, le toma las constantes y le hace un examen envuelta en un silencio incómodo.

—Te haré una placa y si todo sigue igual, te daré el alta hoy mismo —dice finalmente.

—Genial, así podremos cenar como una mujer lesbiana y otra heterosexual que necesita decirlo en voz alta para asegurarse de que lo es —bromea Irina, generando sin saberlo, más dudas en una doctora cada vez más confundida.

CAPÍTULO 10

La doctora Bárbara Martín lleva quince minutos haciendo el papeleo para darle de alta a su paciente, esa militar que tan nerviosa la tiene. Normalmente, tardaría menos tiempo y zanjaría el asunto con rapidez, pero Bárbara, más que rellenar los datos en el ordenador, está cavilando si aceptar o no esa cena que le ha propuesto Irina. Se siente estúpida porque no comprende cómo de su boca pudo salir aquel comentario sobre su orientación sexual, una confirmación en voz alta que está segura de que hizo para ella misma más que para la teniente. Decide dar un paso al frente porque hace mucho que no se lo pasa bien, sus últimas citas han sido un fracaso y tal vez con Irina —que no es una cita, se recuerda— pueda disfrutar de una comida y una buena copa de vino.

—Eres libre —suelta la doctora Martín entrando en la habitación, tan nerviosa por dentro que le cuesta controlar la respiración—. Aquí tienes el alta y la medicación que has de tomar. Ya sabes que no puedes hacer esfuerzos, cuanto más tranquila estés, más rápido se recuperarán esas costillas.

—Tranquila, doctora —dice Irina con una sonrisa en los labios—, no es la primera vez que me pasa. Voy a aprovechar para ver una serie que tengo en mi lista desde hace dos años.

—Así me gusta —contesta Bárbara y mira a todos los lados de la habitación intentando que alguna deidad le dé la fuerza que necesita para hablar.

—¿Pasa algo? —pregunta Irina con el ceño fruncido, al ver que la doctora se ha quedado en blanco.

—No, no, todo bien —miente y coge su móvil para disimular—, allí tienes los datos de la cita para la revisión. Cuídate, Irina.

Bárbara maldice una y otra vez su indecisión. Aunque lo haya intentado, de su boca no han salido las palabras que quería decir y se da cuenta de que le parece muy precipitado aceptar la invitación de una mujer que le causa mucha confusión. Expulsa el aire convenciéndose mentalmente de que es mejor dejarlo estar porque tiene otras cosas de las que preocuparse.

—Doctora —la llama Irina cuando Bárbara está a punto de salir de la habitación. Está segura de que le recordará la invitación a cenar—. Te dejas la carpeta —la militar agita una carpeta amarilla.

La decepción que siente Bárbara la molesta mucho, ni ella misma sabe lo que quiere, en un momento entra con valentía a aceptar esa cena, luego no dice nada y piensa que mejor es alejarse de la militar, luego el pecho se le revuelve porque Irina no insiste y ahora la cabeza le da vueltas porque la mirada de su paciente la está quemando.

—Mañana por la noche estoy libre, ¿cenamos? —a Bárbara las palabras le han salido de la garganta y ni ella misma ha sido consciente.

Irina la sigue mirando de la misma manera que hace unos segundos y la doctora no sabe descifrar lo que está pensando y eso la pone más nerviosa todavía.

—En mi casa. No puedo desobedecer a mi doctora. Me ha dicho que tengo que guardar reposo para recuperarme lo antes posible —suelta Irina guiñando un ojo y Bárbara sonríe aliviada.

La doctora Martín sale de la habitación de su paciente con la dirección de su casa apuntada en el móvil y va directa a buscar a su mejor amiga, necesita contarle lo que acaba de pasar porque si no lo suelta, los nervios se la comerán. La encuentra saliendo de un box y la arrastra hasta la cafetería. Se sientan en una mesa apartada con un par de cafés y Bárbara le cuenta, sin dejarse nada, la conversación que tuvo con Irina y la cita que tendrán al día siguiente.

—Bueno, no es una cita —se apresura a aclarar la doctora—, es una cena porque quiere agradecerme el buen trato que le hemos dado en el hospital.

—Vaya —dice María José haciendo una O perfecta en los labios con ironía—, qué maja. A ver cuando me toca a mí la cena entonces, porque yo también la he atendido.

Bárbara no dice nada.

—Vamos a dejarnos de tonterías —sigue María José—, es una cita y ya está. Tampoco hay que darle demasiadas vueltas, ambas sois adultas y vais a quedar para cenar, no tiene por qué pasar nada, Bárbara. Pero creo que esa mujer te llama la atención y a ¿quién no? Es bastante sexy, yo me dejaría hacer, ¿le has visto las manos?

Ahora Bárbara sí que sale de su mutismo, pero solo para toser porque al escuchar a su amiga, el sorbo de café se le ha ido por otro lado y casi se ahoga.

—¿Estás bien? —pregunta la jefa de enfermeras cuando Bárbara respira profundamente—. Deberías ponerte esa camisa que te hace un escote de muerte. La dejarás babeando.

—No voy buscando que babee, María José. Me cae bien y ya está.

—Vale —contesta levantando las manos y las cejas a la vez—, ya me contarás qué tal la cena con tu nueva amiga que te cae bien.

El desastre que Bárbara Martín tiene sobre su cama es de película. Se ha probado medio armario y nada le convencía hasta que se ha puesto esa camisa que le hace un escote de muerte. Piensa en María José y lo bruja que puede ser a veces, al final ha acabado haciéndole caso y ahí está colocándose un pintalabios rojo frente al espejo que tiene en su armario, más arreglada que nunca, pero ella sigue metiéndose en la cabeza que lo que pasa esta noche no es una cita. Coge su bolso y sale en dirección a casa de Irina, no quiere llegar tarde, sobre todo porque al día siguiente tiene que madrugar y sabe que no puede seguir privándose de horas de sueño.

Media hora después, está llamando al telefonillo de un moderno edificio en el centro de la ciudad.

—Sube —se escucha a la teniente Bol detrás del aparato y la puerta de la entrada se

abre de forma automática.

Bárbara se sube en el ascensor y en apenas unos minutos está frente a la puerta de la militar. Cuando Irina le abre, la doctora tiene un tornado de sensaciones, la teniente está descalza, vestida con unos pantalones cortos y una camiseta básica de color verde. Tiene el cabello mojado y la mira como si Bárbara fuera una diosa exótica.

—Pasa —dice por fin y se hace a un lado para dejar entrar a su invitada.

—¿Cómo estás?

—Mucho mejor, ya no me duele tanto y al menos me he podido duchar en condiciones —dice Irina y sonríe—. ¿Vino, cerveza o agua?

—Vino, por favor.

—Marchando. ¿Quieres cenar algo en especial?

—No —contesta Bárbara mientras observa el apartamento de Irina, todo muy limpio y ordenado con una decoración exquisita—. Pide lo que quieras.

—¿Has probado las arepas? —pregunta Irina entregándole la copa de vino y se ríe al ver la cara de desconcierto de la doctora—. Es comida venezolana, un manjar de los dioses que probé hace unos años y desde entonces no he parado de comerlas.

—Si están tan buenas, habrá que probarlas.

Después de hacer el pedido por una aplicación de esas famosas, las dos mujeres se acomodan en el sofá y la conversación fluye como si fueran viejas amigas. Irina le cuenta que lleva muchos años en misiones fuera de España, hacía bastante tiempo que no volvía a casa y ya lo echaba mucho de menos.

—Esta vez espero quedarme, estoy cansada de dar tantos tumbos, las misiones son muy duras y ya he estado en suficientes como para querer tranquilidad.

—Y ¿qué necesitas para quedarte? —pregunta Bárbara con curiosidad.

—Que mis superiores lo aprueben, he pedido plaza para la base de Madrid, pero no es un proceso sencillo. De momento con la baja y las vacaciones, tengo tiempo para que me den una respuesta. Pero basta de hablar de mí, doctora. ¿Qué hay de ti?

Bárbara se pone nerviosa porque no sabe qué contar. La vida de Irina parece emocionante mientras que la de ella es igual cada día.

—Puedes comenzar contándome cosas que te gusten o por qué te hiciste médica, y además hablarme de ese doctor tan majo que no para de molestarte —la ayuda Irina y aprovecha para saciar la curiosidad que tiene por el impresentable de Adrián Tena.

—Me encanta la medicina —Bárbara esboza una sonrisa sincera—, no me veo haciendo nada más, es como para lo que estaba destinada. Leer novelas románticas es mi otra pasión. Y en cuanto a Adrián —la expresión le cambia por completo—, estuve con él durante dos años. Al principio todo era perfecto, o al menos yo lo sentía así, pero poco a poco fue llenándome de inseguridades, nunca era lo suficientemente buena para nada. Un día me cansé y rompí con él, no se lo tomó bien porque en su mente es el hombre que toda mujer desea y es imposible que alguien no quiera estar con él. A partir de ese momento, su comportamiento es más asqueroso todavía.

Irina la mira durante unos segundos y trata de controlar la rabia que siente por

dentro. No soporta ningún tipo de maltrato, pero el que más le pesa es el de los hombres que parecen despreciar a las mujeres. No cree que Bárbara sea frágil, pero piensa que el trato que Adrián le ha dado ha creado mucha inseguridad en ella. Está pensando en qué contestar cuando la campana la salva, el repartidor ha llegado con la cena, así que se levanta, coge la comida y vuelve al salón para disponer la mesa.

—¡Joder, qué bueno! —dice Bárbara con la boca llena, después de pegarle un buen mordisco a su arepa de pabellón.

—Te lo dije, una delicia —responde Irina limpiándose la boca con una servilleta.

—Oye, ya te he contado sobre Adrián, te toca a ti hablar —le dice la doctora, que no quiere quedarse sin saber sobre la vida amorosa de Irina por una razón que no quiere admitir; la militar le intriga mucho.

—Qué cotilla, doctora —dice Irina—. Realmente no hay mucho que contar, desde que me alisté en el ejército, esa ha sido mi prioridad. Nunca he tenido una relación estable, siempre han sido rollos cortos, aunque una vez estuve dos años con una chica, pero nos veíamos cada vez que la misiones me lo permitían y al final se acabó cansando. No poder ir con tu novia al cine o escaparte un fin de semana a alguna playa porque la ves cada tantos meses y por pocos días, es muy duro.

Siguen hablando durante un buen rato, conociéndose un poco más. Las dos están cómodas, a Bárbara, aunque le parece una vida solitaria, lo que le cuenta Irina le resulta fascinante. La militar piensa que la doctora es brillante y que todo lo que ha alcanzado con su esfuerzo y dedicación, es de admirar.

Se hace tarde y la doctora Martín tiene que marcharse, al día siguiente madruga y si no se va a su casa ya, no descansará las horas suficientes, pero tiene la mente revuelta, una mezcla extraña entre confusión y deseo. Si fuera más valiente, se acercaría a la militar, al menos un poco, para ver qué se siente, pero no lo hace, deja la copa vacía sobre la mesa y mira la hora en su teléfono móvil.

—Se ha hecho un poco tarde —dice Bárbara con la boca pequeña, pocas ganas tiene de irse y espera que Irina diga o haga algo que la detenga. Se equivoca.

—Supongo que mañana tienes mucho trabajo —Irina se levanta del sofá y da varios pasos en dirección a la puerta—. Me lo he pasado muy bien, doctora. Ya veo que no eres la médica estirada que creí que eras.

Bárbara arquea una ceja y se pone una mano en la cintura.

—Creo que estirada te pegaba más a ti.

—Hablas en pasado —suelta Irina con una sonrisa socarrona.

—Ahora que te conozco un poquito más, veo que no lo eres tanto —habla Bárbara deteniéndose frente a Irina, quizá, demasiado cerca.

Irina la observa consciente de lo que está pasando, no es tonta, pero no piensa caer en un juego absurdo de la tía heterocuriosa que está esperando a que la lesbiana experimentada haga un movimiento para luego huir diciendo que eso no es lo suyo.

—Ha sido una buena cena —contesta la teniente Bol acercándose a la puerta y abriéndola—. Espero que hoy puedas descansar y mañana te sea leve.

De nuevo ese torbellino de sensaciones raras; decepción, deseo y confusión.

Bárbara quiere algo, aunque no está del todo segura, así que, con esa rabia mezclada con pena, se despide de Irina segura de que esa noche le costará bastante conciliar el sueño.

CAPÍTULO 11

A Bárbara le apetece mucho un café; sin embargo, decide no tomárselo y pedir en su lugar una infusión de manzanilla en la cafetería del hospital. Está demasiado nerviosa como para añadir ese toque extra de cafeína a su cuerpo que la altere. Mientras espera a que se enfríe, trata de buscar otras razones para su estado de alteración, pero ella sabe de sobra que solo hay una: Irina Bol.

Hace exactamente diez días que no ve a la teniente ni ha sabido nada más de ella desde que cenaron en su apartamento. Bárbara se marchó de allí con la decepción de que Irina no le propusiera quedarse más tiempo o ¿por qué no reconocerlo? Que intentase besarla, pero también se marchó tontamente ilusionada, pensando que la teniente se presentaría algún día en el hospital para proponerle otra cita, sin embargo, los días han ido pasando sin noticias de Irina y con ellos la frustración de Bárbara ha ido creciendo sin que logre explicarse por qué se siente así si apenas se conocen.

La infusión se enfría lo suficiente como para que pueda bebérsela y Bárbara vuelve al trabajo, pero está igual de alterada porque hoy es el día que Irina tiene cita para la revisión y, Bárbara oscila entre la rabia que le produce el despecho y las ganas que tiene de volver a verla. Ese es el motivo por el que la doctora es incapaz de centrarse esta mañana. Anda despistada, las cosas se le caen de las manos y ha tropezado con dos médicos en el pasillo, con la mala suerte de que uno de ellos, era el doctor Tena, con el que ha tenido una breve discusión cuando él la ha reprendido delante de todos, cometiendo un abuso claro de poder.

—No sé por qué se lo permites —dice María José que, como muchos otros, lo ha presenciado todo y ha tenido que reprimir las ganas de gritarle al director provisional.

—¿Y qué hago? ¿Montar un circo aquí en medio? Es lo que busca, María José, y no le voy a dar ese gustazo —responde Bárbara que, si antes estaba nerviosa, ahora está nerviosa y enfadada.

—Tienes razón —la jefa de enfermeras le da un apretón afectuoso en el hombro y ambas vuelven al trabajo.

Bárbara agradece no tener ninguna urgencia que atender en ese momento y poder dedicarse al trabajo de despacho hasta que llegue Irina, porque le tiembla el pulso y está segura de que ahora mismo tendría que hacer un ejercicio de concentración tremendo para no equivocarse si atendiera a alguien.

Cuando llega la hora, no solo no ha logrado calmarse, sino que, ante la idea de que ya es inminente el encuentro, Bárbara nota un acelerón en el pecho acompañado de una ola de calor que la obliga a quitarse la bata y ahuecarse la camiseta del pijama para refrescarse antes de salir del despacho.

A Irina la han hecho pasar a una sala de consulta y lleva cinco minutos esperando cuando la puerta se abre y por ella entra Bárbara con las mejillas tan encendidas que, a Irina le da la sensación de que ha venido corriendo.

—Buenos días —saluda la doctora de manera muy cortante.

—Hola, Bárbara —el tono de Irina es mucho más distendido, conoce un poco a la doctora y sabe que tiene un carácter hosco que va en función de su estado de ánimo.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta Bárbara señalándole la camilla para que se siente.

—Me duele mucho menos, pero todavía hay movimientos que me hacen ver las estrellas —comenta con una sonrisa ladeada al mismo tiempo que se sienta.

Bárbara quiere devolverle esa sonrisa, pero se contiene porque es muy orgullosa y está dolida por el rechazo de la militar.

—Quítate la camiseta para que pueda echar un vistazo —le pide sin apenas mirarla.

Irina obedece y cuando se queda en sujetador frente a ella, Bárbara nota que se le escapa el aire de los pulmones. Se acerca para palpar sus costillas y maldice mentalmente cuando se da cuenta de que le sigue temblando el pulso, ahora más que antes, algo que no pasa desapercibido para Irina, que intuye lo que ocurre y no piensa morderse la lengua.

—¿Te pasa algo en las manos? —pregunta mordaz.

Bárbara suelta un resoplido por la nariz antes de contestarle.

—Nada que deba preocuparte —responde seca.

A la doctora le enfada mucho no ser capaz de comprender su propia reacción ante Irina, así que se centra en examinarla y no abre la boca hasta que termina.

—Bueno, todo parece normal, el dolor que sientes irá desapareciendo, ya lo sabes. Esta será la última visita que tengas que hacer aquí, la siguiente revisión, te la pueden hacer en tu centro de salud asignado. Puedes volver a vestirte —dice, y se dirige hacia la mesa para prepararle el papeleo.

—Genial —responde Irina, y Bárbara nota cómo la irritación vuelve a apoderarse de ella.

De nuevo, se da cuenta de que, en el fondo, esperaba que Irina le propusiera otra cita al saber que ya no van a verse más, pero ante el mutismo de la militar, Bárbara se detiene, se da la vuelta y estalla.

—¿Qué pasa? ¿Es que no te gusto? —cuestiona mientras Irina, que se estaba terminando de poner la camiseta, la mira boquiabierta porque no esperaba esa pregunta.

La militar a veces peca de visceral y meditar poco sus respuestas, y esta ocasión, no es una excepción.

—¿Ahora te has vuelto lesbiana? —dispara a bocajarro—, porque el otro día te aseguraste de dejarme bien claro que no lo eras, así que estoy un poco confundida en este momento.

Bárbara siente muchas cosas en ese instante, que van desde las ganas de darle un bofetón por estúpida, a darle un beso y saciar esa ansiedad que tiene dentro desde que la conoce. No es que se decante por lo segundo; es que cuando se quiere dar cuenta, sus

pies se están moviendo y ella se está lanzando a por los labios de Irina, contra los que estrella los suyos de manera torpe y hambrienta.

Irina Bol no es de piedra y, aunque el beso no es de los mejores, el hormigueo por su cuerpo es inmediato. Aun así, la teniente hace uso de ese autocontrol que la caracteriza y, muy a su pesar, coloca una mano en el centro del pecho de Bárbara y la separa lentamente de ella.

—Me gustas, doctora, en serio —dice ante la cara de desconcierto y desconsuelo de Bárbara cuando se siente nuevamente rechazada—, pero yo no voy a ser el juguete ni el experimento de nadie.

—Vale —responde Bárbara de manera seca, dando un paso atrás.

Irina esboza una sonrisa suave, poniéndose en el lugar de Bárbara.

—No dudo de que estés sintiendo cosas, pero si quieres algo más que un beso torpe, te tienes que esforzar, doctora. No pienso acostarme contigo para que sepas lo que se siente al estar con una mujer y después pases a otra cosa. Si de verdad te gusto; trabájatelo, invítame a salir o lo que sea que hagas con la gente que te interesa, no sé.

Bárbara la mira sin saber qué responder, pero Irina no espera una respuesta, al menos, no en ese momento.

—Piénsatelo bien, doctora, si quieres conocerme digamos que... —Irina mira al techo con gesto divertido mientras menea la cabeza—, más profundamente, ya sabes dónde encontrarme. Gracias por haberme atendido tan bien.

Le guiña un ojo, coge los papeles y sale por la puerta. A Bárbara lo que se le va a salir es el corazón por la boca tras el gesto provocador de Irina.

CAPÍTULO 12

Bárbara Martín cree que, si sigue en ese estado de nerviosismo constante, acabará colapsando en algún momento. Han pasado dos días desde su último encuentro con Irina y su mente da tantas vueltas como una peonza porque la doctora está muy confundida y le cuesta decidir cuál será su próximo paso. Tiene claro que siente atracción hacia la militar, le parece audaz, inteligente y una mujer potente, pero de ahí a que llegue a involucrarse con ella, hay un trecho muy largo. Sin embargo, no puede ignorar ese deseo visceral de besarla que apareció en ella cuando Irina no hizo nada para retenerla en su casa o cuando fue a la revisión médica y pretendía marcharse sin siquiera la intención de pedirle una segunda cita.

—¡Joder, voy a volverme loca! —suelta Bárbara, que camina por su despacho mientras se pasa una y otra vez las manos por el cuello.

Hace un breve resumen mental de los momentos que ha compartido con Irina, sabe que son pocos, pero sonríe porque lo que comenzó por un encontronazo entre ellas ha ido avanzando hacia un magnetismo extraño entre las dos. Cuando han estado juntas, Bárbara se ha sentido bien y, aunque la militar la ponga nerviosa, llevaba mucho tiempo sin que alguien le llamara tanto la atención. Detiene su caminata de golpe y sin pensárselo demasiado —no vaya a ser que se arrepienta— se quita la bata, coge su bolso y sale de su despacho.

—Hasta mañana —dice Bárbara a la secretaria de planta. No da explicaciones, la doctora ni siquiera debería estar a esa hora en el hospital.

En un abrir y cerrar de ojos, aparca su coche a una calle del apartamento de Irina Bol, las manos le sudan e instintivamente, después de secarlas con el pantalón, se las pasa por el cuello en un gesto nervioso. Se da ánimos, no quiere que su miedo la paralice, así que baja del coche para caminar hasta el portal.

—¿Entras? —dice un chico que justo sale del edificio y la mira con una sonrisa coqueta.

—Sí, gracias —contesta la facultativa sin apenas mirarlo. No quiere ser borde, pero no puede desviar su atención porque el mínimo despiste la hará retroceder.

Se planta frente a la puerta que ya conoce y con una decisión que en realidad no siente, toca el timbre tres veces seguidas.

Un minuto después, los pulmones de Bárbara colapsan, los muy traicioneros han decidido dejar de funcionar y a ella no le llega el oxígeno suficiente. Irina está frente a ella, mirándola con una ceja levantada, vestida de forma sencilla, pero con la melena recogida en una trenza que la hace ver tan sexy como salvaje.

—¿Debería preocuparme? —inquieta la militar al ver que la mujer frente a ella se ha quedado paralizada.

Bárbara la escucha, parpadea y se aclara la garganta.

—Vengo a ver cómo te encuentras —son las palabras que salen de la boca de la médica.

Irina vuelve a subir las cejas y se cruza de brazos, pero se mantiene en silencio.

—Perdona —se disculpa Bárbara y se pasa las manos por el cuello—. No quiero ni jugar contigo ni hacer un experimento para descubrir si me gustan las mujeres. Aunque ni yo misma sé de qué forma, a mí me atraes tú, Irina, y me gustaría que nos conociéramos y ver a dónde nos lleva esto —suelta de carrerilla.

Irina no habla, aunque no lo demuestra, el pecho le ha estallado porque, pese a que siempre ha detestado a las personas que usan a otras de conejillo de indias, estaba deseando que Bárbara diera un paso al frente porque la militar tampoco tiene claro de qué forma le atrae la doctora, pero está loca por descubrirlo.

Bárbara carraspea y empieza a mover la pierna en una señal clara de desespero.

—Entonces deberemos tener una cita en condiciones —responde Irina y curva los labios—. Yo también quiero conocerte, pero hay que empezar bien.

—Esta noche —las palabras salen de Bárbara sin control—, vamos a cenar a algún restaurante que te guste.

—Doctora, va usted muy rápido. Me gusta la idea, pero hoy he quedado para cenar en casa de unas amigas.

La doctora Martín aprieta los labios y afirma con la cabeza un poco decepcionada.

—Pero puedes venir conmigo —continúa Irina—. Si te apetece acompañarme, claro.

—No quiero incomodar —contesta Bárbara.

—No lo haces, a Candela ya la conoces, ya sabes, quisiste echarla cuando vino a verme —dispara la teniente alzando las dos cejas—. Y Raquel es tan encantadora como ella.

Un calor corporal azota a Bárbara al recordar la forma en la que trató a Candela aquella noche en el hospital. Pero es un buen momento para disculparse con ella y de paso conocer a las amistades de Irina.

—Quiero ir a mi casa a cambiarme, llevo todo el día en el hospital, ¿te recojo más tarde y vamos a esa cena?

Después de una buena ducha, otra batida de armario y recoger a Irina, ambas mujeres se encuentran frente a la puerta de la casa de Candela y Raquel. El trayecto hasta allí ha sido ameno, las dos han ido hablando de todo y de nada, tan a gusto con la conversación que cuando el GPS les ha indicado que han llegado, las dos tenían ganas de seguir dando vueltas en el coche para no parar con las historias que se estaban contando.

—Irina, ¡qué bien te veo! —se escucha a la abogada Raquel Martínez en cuanto la puerta se abre.

—Estoy mejor, mi doctora me ha dado unas pautas muy estrictas que, por supuesto, he seguido al dedillo —dice Irina mirando a su acompañante de reojo—. Ella es Bárbara. Bárbara, ella es Raquel, la mujer de Candela.

—Todavía no lo soy legalmente, pero falta muy poco para eso —dispara Raquel y se acerca a Bárbara para darle dos besos.

—No me jodas —contesta Irina—. ¿Hay boda?

A Raquel se le ilumina la mirada y se le ensancha la sonrisa.

—Ya lo has soltado, ¿no? —aparece Candela, negando con la cabeza ante la imposibilidad de su futura mujer de guardar las sorpresas para el final de la noche—. Bienvenidas, chicas. Doctora, un placer volver a verla. Ya te llegará la invitación, pero te quiero ahí de primera con el traje de gala —señala a Irina con el dedo—. No os quedéis ahí de pie, pasad.

Apenas Bárbara ha dado dos pasos cuando una fiera peluda empieza a correr hacia ellas ladrando sin parar. El animal, de repente, se detiene frente al perchero que hay en la entrada y le ladra como si fuera un ladrón que ha entrado en su casa. La doctora Martín lo mira espeluznada, nunca había visto un perro tan feo en su vida.

—Susto, tranquilo —dice Raquel y se agacha a acariciarlo—, son amigas.

—Casi no ve —le explica Candela a Bárbara, que por la cara que ha puesto, sabe que no entiende por qué el perro le ladra al perchero—, y cuando viene alguien que no conoce sale a saludarlo, pero no siempre acierta.

—¿Se llama Susto? —pregunta Bárbara con los ojos como dos paellas.

—¿Lo dudas? —pregunta Candela y Raquel le da un golpe cariñoso en el hombro—. Se lo puse porque me dio un buen susto cuando lo vi en la protectora, pero fue amor a primera vista.

—Vamos fuera, que lo tenemos todo preparado —pide la abogada, que está muerta de hambre.

Bárbara no dice nada, aún impresionada porque, además de que jamás había visto un perro de esas características tan inusuales, que su dueña le haya puesto ese nombre la desconcierta bastante. Cuando salen al patio, la doctora se detiene y sonríe, el espacio le parece espectacular.

—¡Qué bonito!

—Es el sitio favorito de Raquel —responde Candela con una sonrisa.

—Desde que lo vi me encantó y, con todos los cambios que hemos hecho, esto es el paraíso —explica Raquel, que hasta hace un par de meses estaban poniendo otro toldo, una mesa nueva y varios adornos.

La noche transcurre con tranquilidad y la cena se alarga porque las cuatro mujeres no paran de hablar. Bárbara e Irina cuentan todo lo ocurrido en el accidente del tren y comentan que hay una investigación abierta por parte de la Policía Nacional por lo sospechoso que les parece lo que pasó.

—El director del hospital en el que trabajo iba en el vagón que cayó por el terraplén, tuvo una muerte dolorosa —se lamenta la doctora—, ahora la junta está

buscando a un sustituto, pero de momento tenemos a uno provisional.

—Un imbécil —suelta Irina sin cortarse—, espero que la nueva persona que ocupe el cargo llegue pronto.

—Si ya le has puesto el ojo, es que es un verdadero patán —contesta Candela, que conoce bien a su amiga y sabe que ella tiende a llevarse bien con mucha gente—. Bueno, voy llevando los platos a la cocina, que se ha hecho tardísimo.

—Te ayudo —se levanta Bárbara y coge varias cosas que están sobre la mesa.

Las dos entran hasta la cocina y la doctora, que ha aprovechado para quedarse a solas con Candela, decide hablar con ella.

—Siento mucho mi comportamiento de aquel día en el hospital.

—No te preocupes, está olvidado.

—Es que no sé qué me pasó, fue un día muy duro y ... —balbucea Bárbara.

—Tranquila, Bárbara —la interrumpe Candela—, hoy he conocido a otra Bárbara y esta me cae muy bien. Además, te entiendo, yo también me hubiese puesto celosa si hubiera estado en tu lugar.

Candela le guiña un ojo y se gira para salir al patio. La doctora Martín se queda allí de pie pensando que ya es hora de aceptar que Irina Bol le atrae más de lo que ella misma creía.

CAPÍTULO 13

Cuando Bárbara paga lo que ha pedido en la cafetería del hospital y se gira para localizar a María José, le cuesta hacerlo. Parece que todos han encontrado un hueco para llevarse algo a la boca al mismo tiempo y todas las mesas están ocupadas. Ve un brazo alzado haciéndole señas y localiza a la jefa de enfermeras en una de las dos mesas que hay al fondo. Son grandes y alargadas, donde el personal se sienta en cualquier hueco disponible.

Bárbara suspira porque las odia, le parecen muy ruidosas ya que todo el mundo habla y, además, es difícil poder tener una conversación en confidencia con tanta gente a un lado y a otro.

—Lo siento, pero no había más sitio —dice María José, señalando la silla que le ha guardado frente a ella.

Bárbara hace un saludo general para la gente que tiene alrededor y se deja caer con tanto cansancio que a su amiga le da la sensación de que soporta el peso del mundo sobre los hombros.

—Bueno, ya he dado de alta a mi último paciente del accidente de tren —comenta cogiendo su bocadillo.

—Poco a poco todo vuelve a la normalidad —responde María José—. ¿Qué te pasa? Apenas llevamos tres horas trabajando y parece que te vas a morir —suelta elevando un poco la voz para hacerse oír por encima del griterío de la mesa.

Bárbara levanta la mirada y observa a un lado y a otro antes de contestar. A su lado derecho, un par de sillas más allá, están Miguel y Juan, los dos doctores que hicieron el comentario sobre Irina en la reunión y son tan amigos de Adrián Tena. Ni siquiera parecen haber reparado en su presencia, así que se echa un poco hacia delante con la intención de confesar algo y María José la imita con la curiosidad corroyéndole las venas.

—Ayer tuve una cita con Irina Bol, llegué tarde a casa y apenas he dormido. Estoy agotada —dice Bárbara, y de repente se descubre sonriendo tontamente.

—¿Una cita con la teniente? —repite María José, tan sorprendida que su tono se eleva más de lo que le hubiera gustado a Bárbara.

—Baja la voz —pide la doctora mirando de nuevo hacia la derecha.

Miguel y Juan las están mirando, pero tienen una expresión tan neutra que a Bárbara le es imposible saber si han escuchado a su amiga.

—Perdón —sonríe María José que, en esta ocasión, sí que baja el tono todo lo que puede—. Cuéntame más.

Bárbara se contagia de su sonrisa y nota un rubor extraño instalándose en sus mejillas. Ni siquiera sabe cómo resumir su cita, para ella la velada en general fue tan perfecta, que le gustaría contarle cada detalle.

—Fue algo muy informal, fuimos a cenar a casa de unas amigas tuyas, y la verdad es que me lo pasé muy bien —reconoce sin perder esa sonrisa que no consigue borrar de su expresión.

—Pero dame más detalles, ¿fuiste allí y ya está? ¿No hubo besitos después?

Bárbara se marea solo de pensarlo. No hubo nada. Al salir de casa de Candela y Raquel, llevó a Irina hasta su casa y se despidieron con dos besos. Eso sí, Irina se ocupó de prolongarlos más de lo debido, al menos, esa fue la sensación que tuvo Bárbara, y notó que le ardía todo el cuerpo. La doctora deseó con todas sus fuerzas que Irina le dijera que subiera a su apartamento, pero la teniente parece decidida a ponérselo difícil.

—No, no hubo nada —admite apretando los labios.

En ese momento, Bárbara recuerda ese beso torpe que le dio en el hospital a Irina. Fue de primeriza, pero el hormigueo y las sensaciones que sintió es algo que se repite a todas horas en su mente.

—Pero tú querías —la acusa divertida María José.

—Tal vez.

—¿Tal vez? Aquí me parece que hay mucho que me tienes que contar porque, que yo recuerde, tú y la teniente no comenzasteis con muy buen pie, y de repente tenéis una cita.

María José se frota las manos esperando los detalles.

—Lo sé, es raro. Al principio la hubiera matado con toda esa soberbia, pero después, no sé, María José, no te sé decir en qué momento pasó, pero comencé a sentirme cada vez más atraída, y eso que ella pasa bastante de mí.

—¿Pasa de ti? —se sorprende su amiga—. No pasará mucho cuando habéis salido juntas.

—No es eso, dice que le gusto, pero que no quiere ser el experimento de una mujer que siempre ha estado con hombres y de repente quiere probar con una mujer.

—¿Eso es ella para ti? ¿Un experimento? Quiero decir, ¿quieres probar y ya está?

—No, no lo sé —cabecea nerviosa—. Yo no quiero jugar con nadie, María José, pero tampoco tengo la certeza de que, si nos acostamos, me guste. La verdad es que estoy acojonada, porque si eso sucede ella podría pensar que sí que he querido jugar con ella, y te juro que no es así.

—Ella te gusta —resume su amiga dejando descolocada a Bárbara.

—Sí.

—Entonces no te agobies. Si te gusta ella, te gustará todo lo que te haga —concluye y Bárbara siente una pequeña explosión de deseo por el vientre solo de pensarlo que la deja sin aliento.

—¿Lo ves? Imaginarlo te pone cachonda, todo irá bien —se ríe María José.

—¿Te quieres callar? —le pide Bárbara, roja de vergüenza, mientras Miguel y Juan pasan justo por detrás de ella.

Desde que han escuchado a la jefa de enfermeras decir que Bárbara había tenido una cita con la teniente, ambos han estado atentos a la conversación de las dos amigas. No han podido escucharlo todo entre tantas voces, pero sí lo suficiente como para meterse con su amigo, que es lo que verdaderamente les importa.

—Debes follar de pena para que tu ex se haya vuelto lesbiana, ¿no? —suelta Miguel en cuanto se encuentran con Adrián Tena en el pasillo.

Adrián lo mira desconcertado y los dos médicos explotan en carcajadas.

—¿De qué hablas? —pregunta Adrián irritado.

—Hemos escuchado a Bárbara contarle a María José que se está follando a la militar —exagera Juan sin dejar de reírse—. Con razón te dejó, tú no podías darle lo que le gustaba.

Los dos amigos siguen riendo a carcajada limpia, sin percibir la ira que va creciendo dentro del doctor Tena.

CAPÍTULO 14

—Vaya, doctora. No sabía que eras tan pija —dice Irina Bol cuando entran a un restaurante de techos altos y decoración exquisita.

Para la segunda cita, Bárbara ha elegido uno de sus restaurantes favoritos para llevar a la teniente. Acepta que es uno de esos immaculados, de servilletas de tela, luces tenues y mesas ubicadas de forma discreta, pero sirve el mejor solomillo ibérico que ha comido nunca. La doctora ha querido sorprender a Irina y parece que lo ha logrado, aunque no sabe si para bien.

—¿No te gusta? —pregunta Bárbara con el gesto contraído.

Irina le deja una suave caricia en el brazo y le sonríe, lo que a Bárbara le causa un escalofrío, pero de los buenos.

—No suelo venir a sitios como este, pero reconozco que es muy bonito.

—La comida es espectacular.

—No lo dudo —dice Irina mientras mira la carta—. Puedes pedir por las dos si quieres, me fío de ti.

Bárbara sonríe, sin embargo, la petición la ha puesto un poco nerviosa. No sabe qué le pasa, pero cada vez que está con la militar, el corazón le bombea como una locomotora y cosas tan sencillas como elegir un par de platos, hacen que las manos le tiemblen.

—¿Te gustan la carne y las patatas? —pregunta la doctora.

—Creo que no hay nada que no me guste. Cuando pasas mucho tiempo en misiones y días sin comer, aprendes a valorar lo que te caiga en el plato o en la mano como era mi caso muchas veces.

—Quiero que me cuentes esas historias —dice Bárbara con las cejas levantadas—. Voy a pedir el solomillo, las patatas con huevo y jamón que están de muerte y unos calamares rebozados tan buenos que querrás repetir aquí un millón de veces.

Irina suelta una carcajada ante el comentario, sobre todo porque Bárbara está salivando mientras le dice los platos que pedirá. Hasta ahora, todo en ella le parece atractivo. Su pasión por el trabajo, aunque no comenzasen con buen pie aquella tarde en el accidente del tren, su manera de hablar, lo nerviosa que se pone por cualquier cosa y ahora, por lo que ve, esa hambre voraz que parece tener.

Después de que el camarero les trajera sus bebidas y Bárbara pidiera la comida, las dos mujeres se enfrascan en una conversación que mantiene a la doctora expectante. La militar le habla de sus años de servicio en suelo extranjero y muchas de las cosas que allí vivió.

—Fue una trampa y nos quedamos atrapados cuatro días en una especie de cueva pequeña. Casi no nos quedaba agua y al tercer día tuvimos que beber nuestra propia orina —cuenta Irina como si estuviese hablando del verano y a Bárbara los ojos están a punto de saltarle de las cuencas.

—Debió de ser horrible —es lo único que le sale de la boca a la doctora.

—No tanto como cuando tuve que comer gusanos durante una semana para no morir de hambre y acabé con cagaderas en un sitio en el que el váter era un agujero en la tierra.

Ahora Bárbara no puede evitar reírse y se tapa la boca, apenada, porque su intención no era hacerlo al escuchar las penurias por la que ha pasado Irina, pero no ha podido contenerse, sobre todo porque la teniente tiene una sonrisa ladeada que la vuelve loca y la hace reír a partes iguales.

Cuando llega la comida, la disfrutan en un silencio cómodo, haciendo algún que otro comentario sobre lo buena que está. Para Bárbara todo lo que está viviendo es algo desconocido, en todas sus relaciones siempre era ella la que se dejaba llevar y eran tantos los instantes en los que no estaba a gusto, que no paraba de hablar para intentar rellenar esos momentos incómodos. Se da cuenta de que, durante mucho tiempo, no fue más que una muñeca de trapo dejándose hacer, y ahora que ha sido ella quien ha tomado el timón de la cita, se siente plena.

—Creo que voy a explotar —dice Irina sobándose la barriga—, nunca había probado la tarta de zanahoria.

—Es mi favorita.

—Está muy buena, pero cuando pruebes la tarta de tres leches, cambiarás de opinión. La próxima vez te llevaré a un restaurante mexicano que sirve los mejores tacos de cochinita pibil de toda España. Aunque te aviso que no es tan pijo como este.

Bárbara intenta pasar por alto el hecho de que Irina ha mencionado que habrá otra cita entre ellas. Así que se termina la copa de vino y llama al camarero para pagar.

—Aunque te cueste creerlo, como en cualquier sitio. No tiene que ser pijo, como dices, la comida me gusta y mientras esté bien hecha, me da igual el lugar.

Media hora después, Bárbara está aparcando frente a la casa de Irina. La cita ha llegado a su fin y la doctora está más nerviosa, si cabe, porque la teniente Bol ha clavado la mirada en ella una vez que se ha quitado el cinturón de seguridad.

—Lo he pasado muy bien, doctora.

—Yo también —dice Bárbara y esquiva la mirada de su compañera.

Irina se inclina para despedirse, tal y como lo hizo la noche que volvieron de casa de Candela y Raquel, pero ninguna de las dos sabe exactamente qué ocurre porque ladean la cabeza al mismo tiempo y sus labios se unen como dos imanes. El beso se vuelve furioso de inmediato, aunque Irina no lo pretendía, el sabor de la boca de Bárbara ha sido una explosión para ella, así que sube una de las manos y la coloca en la mejilla de la doctora mientras que con la otra le deja una caricia provocativa en el cuello que hace que Bárbara suelte un gemido tan alto, que casi las asusta a ambas. Sin embargo, las dos mujeres siguen besándose apasionadamente como si de dos adolescentes se tratara, sus

lenguas parecen dos serpientes en plena guerra y el coche empieza a arder del calor que emanan.

Bárbara Martín no recuerda la última vez que estuvo tan excitada, su mente no puede parar de exigir que Irina le arranque la ropa allí mismo, pero su yo más consciente le grita que pare, que va muy rápido y que si quiere descubrir si realmente esto es lo que quiere, tiene que ir con calma. Se separa de Irina, que suelta un quejido lastimero al sentir sus labios huérfanos y la mira, interrogante, porque no entiende lo que pasa.

—Lo siento —dice Bárbara intentando controlar la respiración—, no estoy preparada para seguir.

El escueto argumento deja a la teniente fuera de juego porque no entiende si no está preparada para tener algo con una mujer o para seguir el beso con ella, pero no demuestra su desconcierto, solo finge una sonrisa, le dice a Bárbara que lo entiende y con prisas, coge sus cosas, y se baja del coche.

Cuando Irina entra a su apartamento tiene que ir al baño a darse una ducha, es la única manera que sabe que puede bajarle el calentón. Cuando ya tiene puesto el pijama y se tumba en la cama, coge su móvil, pero de inmediato se da cuenta de que algo no va bien; el aparato no es el de ella, sino el de la doctora. Ha debido confundirlo cuando bajó del coche apresuradamente. Cabecea al darse cuenta de que el teléfono no tiene ningún tipo de seguridad, ha desbloqueado la pantalla tan solo deslizando el dedo. Así que marca su propio número y la llama.

—Doctora, en los tiempos que corren debería tener al menos un número pin para acceder a su móvil —suelta Irina al escuchar la voz de Bárbara.

—Y tú tener menos pasos para desbloquearlo. En cuanto me he dado cuenta de que tenía tu móvil, he intentado llamar al mío, pero ha sido imposible —la reprende Bárbara como si Irina hubiera cometido un delito.

—Buenos días, busco a la doctora Martín —dice Irina en la entrada del hospital. La noche anterior quedaron en que la militar iría al centro médico la mañana siguiente para intercambiar los móviles.

—¿Tiene cita? —inquire la recepcionista.

Justo cuando Irina iba a contestar, aparece Bárbara por el pasillo central y ensancha una sonrisa al verla. La teniente la había llamado cuando iba de camino y la doctora le dijo que estaría atenta a su llegada.

—Ven, vamos fuera. Necesito que me dé el aire —dice Bárbara cuando llega a su altura.

—¿Mucho trabajo?

—Mucho papeleo. Ser jefa de cirugía es lo que tiene, pocos pacientes y bastante burocracia —explica la doctora.

Las dos se recuestan en un muro que está en una esquina fuera del hospital, Bárbara lo ha hecho con un propósito; tener un poco de intimidad. Quiere explicarle lo que ocurrió la noche anterior a Irina porque no quiere que la militar piense algo que no es.

—No creas que no me gustó el beso de anoche —comienza Bárbara—. Lo disfruté

muchísimo, es solo que no quiero ir con prisas y cometer errores.

Irina le coge una mano de forma cariñosa.

—Tranquila, Bárbara. Lo único que te pido es que seas sincera conmigo en todo momento, como si no quieres verme más. No voy a tomármelo mal, al contrario, voy a apreciar mucho tu sinceridad.

De repente, Bárbara siente un deseo irrefrenable y se acerca con tanto ímpetu a Irina, que casi la arrolla. La coge de la cara y la besa en los labios. No es un beso frenético como el de la noche anterior, este es suave, calmado y corto. La teniente Bol la mira a los ojos, luego a la boca y repite ese beso que tanto le ha gustado.

—Tengo que volver —dice Bárbara, que lamenta romper el momento, pero su busca ha empezado a sonar—. ¿Hablamos luego?

—Sí, llámame cuando salgas. Ve a salvar vidas, doctora.

Bárbara se despide y camina directa a urgencias. Se detiene de golpe cuando pasa por uno de los baños y escucha un fuerte ruido. Afina el oído y no vuelve a oír nada, así que sigue su camino ignorante de lo que está ocurriendo detrás de esas paredes. El doctor Adrián Tena ha tenido la mala suerte de presenciar el beso entre Bárbara e Irina y, en un ataque de ira, ha entrado a los baños destruyendo medio mobiliario a patadas. Su ego de macho herido no va a permitir que su ex vaya por ahí dejándolo en evidencia.

CAPÍTULO 15

A Bárbara le cuesta mucho concentrarse. Desde que Irina se ha marchado, ella solo piensa en esos besos que se han dado cuando ha venido a traerle el teléfono. Cada vez que lo hace sonríe tontamente y nota un cosquilleo en la boca del estómago que trata de ignorar, pero no puede.

Le gusta besar a la teniente y está loca por repetirlo. Mientras revisa informes, no puede evitar pensar también en las últimas palabras de Irina antes de marcharse, pidiéndole que la llame cuando salga del hospital. A Bárbara se le ocurren varios posibles escenarios que pueden darse tras esa llamada. Todos comienzan con ellas dos quedando en algún sitio que ella desea que sea el apartamento de Irina.

Los finales son varios, pero el que más desea es ese en el que la teniente no la deja marchar, uno en el que comiencen otro de esos besos para el que Bárbara ya no encuentre la voluntad de parar y que Irina tome el mando y la lleve a su habitación. Al pensarlo un latigazo de excitación le recorre la columna, pero se le pasa de inmediato cuando la puerta del despacho se abre y por ella entra el doctor Adrián Tena.

—¿Qué tal? —saluda sorprendentemente amable, cerrando la puerta a sus espaldas.

—Pues bien —responde Bárbara descolocada—. ¿Necesitas algo?

Adrián, que lleva la bata abierta y las manos en los bolsillos del pantalón, rodea la mesa de Bárbara y se queda justo a su lado, con el trasero apoyado en la madera mientras la mira con su sonrisa más seductora.

—La verdad es que he estado pensando y últimamente me he comportado como un capullo contigo —dice ante la sorpresa de la doctora, que se siente tan incómoda, que se levanta con el pretexto de coger unos papeles de su impresora y se queda junto a esta, a un metro de Adrián.

—Pues sí, lo has sido —responde Bárbara mirándolo fijamente.

Adrián aprieta la mandíbula y asiente aceptando el reproche, cosa que no le gusta, porque es de esas personas que puede decir las cosas, pero no le gusta que se las digan los demás.

—Quizá podríamos hacer borrón y comenzar de cero, ¿por qué no cenamos esta noche? —propone, dejando a Bárbara perpleja.

—¿Cenar? ¿Tú y yo? —pregunta la doctora tratando de asimilar lo que ha escuchado.

Adrián se incorpora y da un paso hacia ella. Bárbara se tensa.

—Sí, claro, como antes, Bárbara. Reconoce que llegamos a estar muy bien juntos,

podríamos olvidarnos de todo lo que ha pasado y tratar de comenzar otra vez.

—Espera un momento, ¿me estás pidiendo que volvamos a salir juntos? —pregunta atónita.

—Dicho así suena precipitado —sonríe mostrando su dentadura perfecta—. Simplemente, déjalo en que te estoy pidiendo una cita.

—Ni hablar, Adrián —lo corta Bárbara de manera abrupta—. No sé a qué viene este cambio de actitud ahora y, sinceramente, me da igual. Tú y yo terminamos en su día y me parece que las razones fueron muy obvias, y ni voy a volver contigo ni a tener citas o ser tu amiga. Me ha costado mucho recuperar toda la autoestima que me robaste, así que sea lo que sea que se te ha ocurrido, olvídalo —zanja la doctora, envalentonada.

Adrián aprieta los labios en una sonrisa forzada y asiente.

—¿Es porque te follas a la teniente? —pregunta dando un paso más hacia ella.

Bárbara, nerviosa, lo rodea y se coloca al otro lado de la mesa, cerca de la puerta.

—No pienso contestar a eso, Adrián. Mi vida privada ya no es asunto tuyo. Ahora por favor, te pido que te marches, tengo mucho trabajo que hacer —dice al mismo tiempo que abre la puerta, invitándolo a salir.

Adrián tiene ganas de destrozar algo, pero se contiene.

—Tú misma —sisea como una serpiente cuando pasa por su lado.

Bárbara trata de seguir con su trabajo en cuanto vuelve a quedarse sola, pero si antes estaba desconcentrada pensando en Irina, ahora lo está mucho más tras la visita inquietante de Adrián. Aun así, se esfuerza y sigue con sus quehaceres, hasta que una hora después, recibe un correo en el que se le informa de que ese fin de semana —que ella lo tenía libre— ahora lo trabaja, y que esa noche en la que pensaba quedar con Irina, Adrián le ha metido una guardia. Bárbara va leyendo atónita cada línea de la tabla que hay adjunta en el correo y se da cuenta de que le ha puesto varias guardias y cambiado los turnos a su antojo.

—Cabrón —masculla exasperada.

La doctora se levanta y va a buscar a María José, a la que encuentra dando órdenes en urgencias.

—¿Tienes un minuto? —pregunta la doctora.

Tras esperar a que María José terminase un par de cosas, las dos amigas salen del edificio y lo bordean hasta la misma esquina donde Bárbara ha estado esta mañana con Irina.

—¿Qué pasa? —pregunta la jefa de enfermeras, intrigada por la expresión de preocupación de su amiga.

Bárbara le cuenta con todo detalle la visita que le ha hecho Adrián Tena y el posterior correo que ha recibido.

—Qué hijo de puta, no puede hacer eso —explota María Jose—, tienes que presentar una queja.

—¿A quién? ¿A él? —arquea las cejas Bárbara.

—A la junta, Bárbara, no puedes dejar que juegue contigo de esta manera. Es abuso de poder y lo sabes, además, todo el mundo en el hospital sabe que estuvisteis juntos, a nadie en la junta le costará creerte.

—No quiero entrar en eso, María José, creo que ha sido una rabieta. Se ha enterado de lo de Irina y está celoso. Ya se le pasará —suspira Bárbara—. No puedo ir llorando a la junta porque mi exnovio me está jodiendo.

—Tu exnovio abusa de su autoridad, y si lo hace contigo, seguro que lo hará con otras personas. No sé, Bárbara, a alguien tan narcisista como Adrián, habría que pararle los pies de inmediato, pero es tu decisión.

—Lo pensaré —responde Bárbara—. Es que no lo comprendo —añade negando con la cabeza—. Hace mucho que rompimos, por no hablar de que me puso los cuernos tantas veces que perdí la cuenta. ¿Qué se supone que quiere ahora?

—Fácil, que no estés con nadie —resume Bárbara—. Eso le molesta, supongo que para él eres como un trofeo que exhibir, una doctora guapa que no era capaz de estar con nadie porque no había superado su ruptura.

—Venga ya —dice Bárbara con los ojos desorbitados.

—Ya sé que suena raro, pero en su mente retorcida estoy segura de que es así. Hasta ahora estaba encantado, te seguía ninguneando y pensando que sería así siempre, hasta que descubre que estás empezando a salir con alguien. Entonces se vuelve amable, te pide una cita, seguro de que caerás rendida a sus pies, pero tú lo rechazas y lo echas de tu despacho. Es un ataque directo contra su ego —sonríe María José—. Joder, me hubiera gustado verle la cara a ese gilipollas.

—Cuanto más lo conozco, más veces me pregunto qué fue lo que vi en él —confiesa Bárbara.

—Eso ya no importa. Todas hemos tropezado con una persona tóxica alguna vez en la vida, la cuestión es que lo dejaste y ahora estás empezando a conocer a la teniente. Aquí el asunto es que has de tener mucho cuidado con él, porque está claro que va a por ti.

Bárbara no dice nada más y se queda pensativa, tratando de encontrar una manera de que Adrián salga de su vida y la deje tranquila, pero no se le ocurre ninguna.

CAPÍTULO 16

Han pasado cuatro días desde que Bárbara e Irina se vieron aquella mañana en el hospital. Ha sido imposible llevar a cabo esa ansiada cita, porque entre los cambios de turno y las guardias casi seguidas, la doctora solo ha vivido para trabajar, caer desplomada en su cama unas cuantas horas y vuelta a empezar. Está agotada, pero no sabe si es demasiado tonta o que Adrián Tena cuando era su novio mermó tanto su seguridad, que Bárbara no se ha quejado tal como le aconsejó su amiga María José. Ha aceptado los cambios sin rechistar y se ha esforzado por atender de la mejor manera a todos sus pacientes.

Hoy, por fin, ha podido quedar con Irina porque, aunque está de guardia, es solo de disponibilidad, lo que significa que tendrá que ir al hospital solo en caso de una emergencia que no pueda ser cubierta por el personal sanitario que esté en el centro de salud. Así que allí está, entrando con la teniente Bol en el pequeño restaurante mexicano del que la militar había hablado.

—Siento haberte cancelado las citas en tantas ocasiones —Bárbara hace un gesto gracioso con los ojos y la boca mientras cuenta mentalmente las veces que tuvo que cambiar los planes—, ¿cuatro veces?

—Cinco si contamos la de anoche —dice Irina y se ríe ante la cara de drama de Bárbara.

—De verdad que lo siento.

—No te preocupes, doctora. Lo entiendo, el deber es lo primero. Lo que me sorprende es la cantidad de guardias que has tenido en pocos días, ¿es lo habitual? —pregunta la militar, curiosa.

—No, cuando comencé las primeras rotaciones hace años era más común. Ya sabes, el médico novato al que putean y que ponen a prueba sus límites. Pero desde que soy adjunta y ahora jefa de cirugía, esto no me había ocurrido.

—¿Y por qué ahora sí?

—Es una larga historia, pero el resumen es que mientras el doctor Tena sea el director del hospital, puede hacer los cambios que crea necesarios —Bárbara suspira, no estaba segura de contarle todo, pero tampoco ve motivos para no hacerlo—. Creo que lo que le pasa es que está celoso.

Irina sube las cejas a la vez que se muerde el labio. El doctor gilipollas y engreído ya le caía bastante mal, la arrogancia le sale por los poros además de que le parece un maleducado y un patán, pero que use su puesto para joder a los demás —sobre todo a Bárbara— le parece un acto de lo más rastrero.

—Hace unos días entró en mi despacho y me invitó a salir, quería una cita o una especie de reconciliación, no sé —cabecea la doctora Martín—. Yo estaba tan impresionada que dejé de escucharlo. Casi inmediatamente después de rechazarlo, empezaron los cambios de turno y las guardias absurdas.

—¡Qué imbécil! —suelta Irina sin poder evitarlo—. Ten cuidado con él, Bárbara, los hombres como ese personaje son bastante peligrosos. Su machismo ridículo no les permite aceptar un rechazo.

La cena transcurre más cómoda, si cabe, que la anterior. Entre ellas empieza a haber esa familiaridad típica de dos personas que empiezan a conocerse y se dan cuenta de que encajan muy bien. Tal como le había prometido Irina, los tacos de cochinita pibil son un escándalo y desde esa misma noche, Bárbara Martín se ha declarado la fan número uno de la tarta tres leches.

—¡Estaba exquisita! Es lo mejor que he probado en mi vida —dice Bárbara con un gesto de glotonería en el rostro.

Después de salir del restaurante, se han ido a casa de la doctora con la intención de tomar una copa y quizá tener un poco más de intimidad. Ahora, el sofá arde porque Bárbara está a horcajadas sobre la militar, con las lenguas entrelazadas y dándose unos besos húmedos que resuenan por todo el salón.

—Joder, me estás matando —es lo único que dice Irina cuando Bárbara, que al parecer se ha envalentonado lo suficiente, le da un beso en el cuello que les eriza la piel a las dos.

—No sé qué estoy haciendo, pero empiezo a creer que puedo convertirme en adicta a tu piel —dice Bárbara que, acostumbrada a las barbas, nunca había tocado una piel tan suave.

Irina está tan excitada que la ropa empieza a molestarle. Sin embargo, se limita a acariciar los muslos de Bárbara mientras se siguen besando con una prisa absurda que la militar atribuye a su falta de sexo y la novedad para la doctora. Sin quererlo, la teniente Bol, roza con su dedo pulgar el pliego entre la pierna y el inicio de los labios vaginales de Bárbara y el gemido que suelta la doctora hace que Irina por poco se corra.

Bárbara tiene miedo, ha sido valiente y ha dado unos cuantos pasos al frente, pero teme hacer algo mal y decepcionar a su compañera. Ese maldito miedo que la persigue una y otra vez, lo que la hace no sentirse lo suficientemente buena para algunas cosas y que no la deja en paz. Irina parece intuir lo que le pasa y se separa de ella para hacerle una caricia en la cara.

—Nos detendremos cuando quieras, Bárbara. Si no te sientes cómoda, podemos tomar esa copa que me prometiste —sonríe Irina de medio lado—, y luego me voy a mi casa. Pero quiero que sepas que cualquier cosa que hagas, estará bien.

A Bárbara se le acelera el corazón y casi está a punto de llorar porque no se puede creer que una mujer a la que apenas conoce la trate con esa dulzura.

—Estoy muy a gusto y me apetece seguir, pero no tengo ni idea de por dónde ir y me gustaría que, a partir de este momento, tú tomes el control —responde Bárbara con las mejillas rojas de la vergüenza y la excitación.

Escuchar eso para Irina Bol es como seguir la orden de un superior. Con cuidado,

pero con rapidez, la teniente se levanta del sofá cargando a Bárbara con ella y besándola con ansias. Se dirige a la habitación de la doctora, la acuesta en la cama y, antes de tumbarse sobre ella, se quita la camiseta y a Bárbara casi le saltan los ojos. Irina decide seguir besándola, pero tienen que apurar el paso cuando la doctora demuestra tal impaciencia que la empuja a empezar a desnudarla.

—Me encantan tus piernas, ábre las un poco más para que pueda probarte —la voz le sale totalmente ronca a Irina cuando, después de saborear cada rincón de su piel, se encuentra frente a un manjar que no duda en devorar.

—¡Mierda! —suelta Bárbara nada más sentir la lengua caliente de su acompañante, que empapa sus pliegues más de lo que ya están.

—¿Quieres que pare? —pregunta la militar subiendo la mirada, aun con la boca pegada a su sexo, pero sin mover la lengua.

—Ni se te ocurra —grita Bárbara más alto de lo que quería, pero toda la situación la tiene desbocada. El corazón está a punto de salirse del pecho y tiene que hacer un gran esfuerzo para no correrse en ese momento.

Irina sonríe y pasa la lengua una y otra vez por el clítoris hinchado de la doctora. Decide bajar la cabeza un poco y acariciar la entrada con ese músculo que bien sabe utilizar. Al notarla tan abierta, Irina tantea la zona con sus dedos y dos de ellos entran tan fácil que está segura de que, si lo intenta con un tercero, no encontrará dificultad. Bárbara jadea, levanta la pelvis y pone los ojos en blanco, son tantas sensaciones a la vez que le está costando mucho trabajo controlarse.

—Creo que voy a correrme —suelta, finalmente, con la voz entrecortada y la frente perlada. Las manos le tiemblan y tiene que apretar las sábanas con fuerza.

El primer orgasmo de Bárbara Martín con una mujer es apoteósico. Tanto que cree que no tiene fin, la electricidad que le recorre el cuerpo y no le permite abrir los ojos, la mantiene jadeando sin parar. Siente a Irina entre sus piernas, que sigue moviendo la lengua y la penetración, que ahora es mucho más fuerte, la tienen en un éxtasis que nunca había sentido. De repente, Bárbara abre los ojos, horrorizada, porque en su cuerpo están ocurriendo dos cosas; un chorro de líquido transparente empieza a salir empapando la cara de la militar y el orgasmo, que ya era intenso, parece multiplicarse. Los gemidos aumentan y una nueva ola la arrasa cuando se percata de que Irina se está masturbando y mientras recoge la humedad de la doctora con la lengua, también se corre.

—¡Joder! —dicen al mismo tiempo. Irina, extasiada. Bárbara, avergonzada.

Irina asciende por el cuerpo de Bárbara y le da un beso cariñoso. Luego la abraza mientras las dos recuperan la respiración normal.

—¿Estás bien? —pregunta la militar.

—Lo siento, es la primera vez que me ocurre.

Irina levanta la mirada con el ceño fruncido.

—Somos dos mujeres adultas, Bárbara, y lo que ha pasado aquí ha sido increíble. Yo lo he disfrutado muchísimo y me he sentido a gusto. No tienes nada que sentir —zanja la teniente Bol.

Bárbara se tapa la cara y se ríe.

—Nunca había tenido un *squirt*. Es una maravilla.

—Deja de darme envidia. Yo jamás he tenido uno y son pocas las mujeres que conozco que han tenido ese privilegio. ¿Quieres ducharte y que descansemos? —pregunta Irina, que ve como los ojos de Bárbara empiezan a apagarse, sabe que está agotada por la semana de trabajo tan dura que ha tenido.

—¿Y tú no quieres... ya sabes? —pregunta Bárbara abochornada.

Irina suelta una risotada, le deja una caricia en la cara y le da un beso suave.

—Yo he quedado satisfecha, doctora. Otro día podemos continuar.

Minutos después, las dos mujeres estaban profundamente dormidas. Apenas salieron de la ducha y se metieron en la cama, los ojos de ambas se cerraron por completo, pero a las cuatro y veintitrés de la madrugada, el teléfono móvil de la doctora Martín suena despertándolas de golpe.

—Sí, ahora mismo salgo para allá —contesta Bárbara con la voz pastosa, quitándose las sábanas para salir de la cama.

—¿Es del hospital? —pregunta Irina intentando ubicarse.

—Sí, perdona que te haya despertado.

—Deja de pedir perdón por todo, doctora. Venga, vamos, te llevo al hospital con tu coche y de allí cojo un taxi para mi casa —dice Irina, acercándose a ella para darle un beso y luego desaparecer en el baño.

CAPÍTULO 17

—¿Qué te pasa, Bárbara? ¿Estás bien? —pregunta María José cuando entra en la sala de descanso y se encuentra con su amiga sentada en uno de los dos sofás que hay haciendo esquina, con los codos apoyados en las rodillas y la cara pálida como un papel.

Bárbara solo levanta la vista para enfocarla un segundo y después la baja. Últimamente siente que se le escapa la energía, incluso cuando habla. Desde que Irina y ella se acostaron, se han estado viendo casi a diario porque la doctora se ha vuelto adicta a los besos y las caricias de la militar. Sin embargo, eso le está pasando factura, porque lo hace sacrificando horas de sueño, de las pocas que tiene teniendo en cuenta que Adrián sigue haciéndole cambios de turno y metiéndole guardias.

—Un poco cansada —dice sin más, con la voz tan débil, que a María José le cuesta escuchar lo que le ha dicho.

La jefa de enfermeras no se da por satisfecha con la respuesta y se acerca para tomarle el pulso, notando que lo tiene demasiado débil.

—No puedes seguir así —dice abriendo una botella de agua para que beba—. ¿Has desayunado?

—No tengo hambre, solo quiero dormir —admite Bárbara, que aprovecha cada minuto que tiene libre para descansar un poco, pero hoy siente que ha llegado al límite.

—Irina no debería quedar contigo sabiendo que apenas descansas —se cruza de brazos María José.

—Y no quiere, pero le digo que, si no queda conmigo, me iré a correr.

María José la mira como si viera a un extraterrestre.

—Joder, sí que te ha dado fuerte.

—No es eso, o a lo mejor sí, no sé. El caso es que nunca me había sentido tan bien con nadie y me da pánico que se acabe —reconoce agotada—. Además, tampoco nos vemos tanto, a lo mejor pasamos juntas una hora, dos como mucho, después se va para asegurarse de que descansa, pero estoy tan agotada que no duermo bien.

—Pues si no quieres poner una queja sobre ese impresentable, cógete unas vacaciones —dice María José y Bárbara levanta la mirada—. Irina sigue de baja, ¿verdad?

—Sí, está de baja por el accidente y a la espera de que le digan algo sobre la plaza que solicitó aquí en Madrid.

—Pues perfecto. Proponle marcharos una semana juntas por ahí, a cualquier sitio con playa donde puedas desmayarte todo el día en una tumbona. Y por la noche,

aprovecháis para darle fuerte —dice haciendo un gesto obsceno con los dedos que hace reír a Bárbara.

La doctora ni siquiera se lo piensa, tal y como María José termina de hablar, ella se levanta, va directa al departamento de Recursos Humanos y cuando sale, tiene diez días de vacaciones de los muchos que tiene acumulados y todavía no ha gastado.

—¿De vacaciones contigo? —pregunta Irina con esa media sonrisa que desestabiliza a Bárbara—. ¿No vamos muy rápido?

En cuanto Bárbara ha terminado su turno, se ha marchado a su casa para darse una ducha y ha llamado a la teniente para invitarla a cenar.

—Bueno, serían unas vacaciones como amigas —trata de justificar Bárbara, que de repente se siente estúpida—, no hay ningún tipo de compromiso, quiero decir que...

—Que sí, tranquila —la corta Irina cuando ve que se está poniendo roja de vergüenza—. Era broma, yo no puedo decir que no a unas vacaciones en la playa, me encanta. Y a mis costillas machacadas le vendrá muy bien ese descanso.

—¿Sí? —Bárbara suspira aliviada—. Podemos coger un apartamento, así cada una tiene su espacio —opina la doctora y corta su discurso cuando Irina se echa a reír—. ¿Por qué te ríes? —pregunta sin saber si debería ofenderse.

—Porque eres un encanto, en serio.

Irina se levanta y la sujeta por la cintura.

—¿De verdad crees que vamos a estar de vacaciones una semana en el mismo apartamento y vamos a dormir en habitaciones separadas? Nos estamos conociendo, Bárbara. Estamos en esa fase en la que, entre otras muchas cosas, lo que más queremos es follar.

—Ya lo sé —responde Bárbara—. Lo decía porque no quiero que pienses que vamos deprisa ni que te agobies.

—Tú tranquila, que si me agobio te lo diré, ¿de acuerdo? —la tranquiliza Irina al darse cuenta de que Bárbara se siente muy perdida en cuanto a los pasos que debe dar.

La siguiente semana transcurre idílicamente para ambas en las playas de Gandía. Bárbara ya ha recuperado la energía y, junto a Irina, ha descubierto una nueva forma de pasar las horas en la playa. La teniente pasó a recogerla con su coche y cuando abrió el maletero, Bárbara vio una sombrilla enorme, dos sillas de playa, una mesa plegable, una nevera con ruedas y hasta un carrito para transportarlo todo.

—¿Pretendes que carguemos con todo eso? —preguntó asustada—. Yo solo quiero relajarme.

—Y lo harás, tú confía en mí —dijo Irina.

El primer día de playa, la militar llenó la nevera con agua, cervezas y comida para pasar el día. Eligió un buen sitio, lo preparó todo y se ocupó de servir la comida y la bebida.

—Madre mía, esto sí que es vida —dijo Bárbara sentada en su silla bajo la sombrilla, mientras disfrutaba de su cerveza y se relajaba con el sonido del mar.

Irina la miró a través de sus gafas de sol y esbozó una de sus sonrisas, provocándole un corrientazo por la espalda a la doctora que se tuvo que esforzar por disimular.

—Te lo dije. Es un coñazo cargar con todo, pero una vez aquí, no tiene precio.

Los días van pasando así, entre horas en la playa, tardes de paseos o excursiones y noches de cenas en terrazas que después completan con una buena sesión de sexo en el apartamento.

—No quiero volver —jadea Bárbara, desplomada sobre Irina tras un explosivo orgasmo que las ha dejado sonrientes a las dos.

—Yo tampoco —se sorprende confesando Irina, que no esperaba sentirse tan bien con la doctora.

La semana está siendo absolutamente perfecta, el único contratiempo y momento de estrés que sufrieron fue el día que llegaron, cuando a Bárbara la llamaron del hospital por la tarde y en cuanto descolgó, se encontró con la voz atronadora de Adrián.

—¿Dónde cojones estás? —preguntó irritado.

—De vacaciones —contestó Bárbara con calma, ya que no se había molestado en avisarle.

—Yo no te he aprobado nada —dijo Adrián.

—No hace falta, lo han hecho desde Recursos Humanos. Tenía muchos días y me los han aprobado sin problema tras ver el montón de guardias seguidas que llevaba.

—Me importa una mierda lo que te hayan aprobado, a mí nadie me ha avisado y te necesito aquí. Ven ahora mismo —exigió de malas formas.

—No voy a ir, Adrián.

—Mira, Bárbara, como no vengas de inmediato...

Bárbara colgó la llamada y apagó el teléfono ante la mirada ceñuda de Irina, que decidió no decir nada en ese momento, pero ahora que están a punto de volver, no se calla lo que piensa.

—Oye —dice Irina cuando Bárbara se deja caer a un lado y se queda abrazada a ella—, cuando volvamos me gustaría que fuésemos a ver a Raquel, la futura mujer de Candela.

—¿Para qué? —pregunta Bárbara sin comprender.

—Para que le hables de ese tal Adrián. Lo que te hace roza el acoso por no decir que lo es, Bárbara, y Raquel es una abogada especializada en este tipo de casos.

—No sé, Irina —duda la doctora.

—No te pido que hagas nada, solo que le cuentes lo que está pasando y escuches lo que opina, nada más —dice apartándole un mechón de pelo de la frente—. Solo quiero que conozcas tus opciones.

—Está bien —acepta Bárbara.

CAPÍTULO 18

—Claro que sí, Irina, puedo asesoraros sin problema. Tengo la semana imposible, pero el viernes por la tarde estaré en casa, pasaos por ahí sobre las cinco. Luego podrás ver a Virginia y a su novia, que vienen a cenar —contesta la abogada Raquel Martínez cuando la teniente Bol le ha contado por encima lo que le está ocurriendo a Bárbara en el hospital.

Han pasado apenas unos días desde que Irina y Bárbara volvieron de Gandía y la doctora vuelve a tener esas guardias infernales que la mantienen tan ocupada como cansada. Cuando la doctora puso un pie en el hospital, Adrián Tena apareció como si llevara horas vigilando la entrada y lo único que evitó que gritara como un energúmeno, fue la llegada casi coordinada de la jefa de enfermeras. Así que Adrián no tuvo otra opción que decirle a su exnovia que se pasara por su despacho lo antes posible, pero Bárbara lo ignoró por completo y, desde ese día, cada vez que lo ve, entra en algún box, visita a un paciente o se encierra en su despacho.

Ahora está con Irina, tomando un café en un bar cercano al centro de salud y el teléfono de Bárbara ha sonado dos veces porque el director del hospital la reclama.

—¿Y todavía crees que no te está acosando? —pregunta Irina, a la que la situación la tiene molesta.

—Ya se le pasará —contesta Bárbara sin decir mucho más, no quiere discutir este tema con la teniente cuando están disfrutando de unos minutos libres.

Irina se da cuenta e intenta llevar la conversación por otro lado, tampoco quiere agobiar a Bárbara.

—El viernes conocerás a Virginia y a su novia, también son militares y muy amigas de Raquel y Candela.

—Luego me preguntas si no vamos muy deprisa, pero tú me has llevado a conocer a tus amigas en apenas unas semanas —suelta Bárbara con tono burlón mientras observa como Irina abre la boca por ese comentario que no se esperaba—. Ya lo que te falta es que me llesves a conocer a tu familia.

—Eso lo tienes un poco más complicado —suelta Irina tan críptica que Bárbara teme haber metido la pata.

Lo cierto es que en el tiempo que llevan viéndose nunca han hablado de sus familias y, aunque ninguna de las dos lo diga, ambas piensan que es un buen momento para hacerlo. La militar es quien habla primero.

—Mi madre volvió a Rusia hace unos años, después de separarse de mi padre, y solo ha vuelto unas pocas veces. Vino a España muy joven, lo conoció y él quedó

encandilado con ella. Salieron unos meses y se casaron. Al poco tiempo tuvieron a mi hermano Dimitri y cinco años después a mí.

La doctora Martín no sabe si es que tiene un enchochamiento en toda regla, pero no puede evitar babear cuando Irina le cuenta cualquier historia.

—¿Y tu padre y tu hermano? —pregunta Bárbara.

—Mi padre vive en un pueblo de Huelva, se volvió a casar y pasa allí sus días, tranquilo. Dimitri vive en Tailandia, se fue como nómada digital, siempre ha sido muy bueno con los ordenadores y cuando se hizo autónomo aquí en España y vio como Hacienda se quedaba con sus ingresos, decidió emigrar. Lo que era algo de paso se convirtió en su casa, allí conoció a su mujer y se quedó.

—Vaya, cuántas culturas. Entonces eres mitad española y mitad rusa —dice la doctora como si fuese algo complicado de adivinar tras la historia que le ha contado su acompañante.

—Y aunque mi padre es más español que una Semana Santa en Sevilla, mis abuelos son portugueses. Pero basta de hablar de mi familia. ¿Qué hay de la tuya?

—Nada tan emocionante como la tuya —dice la doctora y eleva las cejas—. Soy hija única y mis padres siguen casados. Cuando se jubilaron, hartos de la ciudad, vendieron el piso y se compraron una casa en un pueblo de Asturias.

—Qué buen plan, a mí me gustaría hacer lo mismo, pero en un pueblo con playa —contesta Irina con los ojos brillantes.

El móvil de Bárbara interrumpe la conversación. La doctora suspira y da por perdida la batalla, así que dibuja un gesto de disculpa y se levanta de la mesa. Irina la acompaña hasta la puerta del hospital en silencio y se despiden con un beso raro que las deja con mal cuerpo, parece que el acoso y derribo de Adrián Tena está causando mella en ellas, aunque Bárbara no sepa verlo.

Por fin llega el viernes, y para asombro de las dos mujeres, no hubo imprevistos, guardias ni cambios de horarios, así que ahí están, aparcando el coche y bajando para llegar hasta la puerta de la casa de Candela y Raquel.

—Pasad, chicas —abre la puerta Raquel, ataviada con una vestimenta tan casual que quien la viera dudaría de que se trata de la abogada Martínez, la que iba todo el tiempo de trajes impolutos y zapatos de tacón. Pero desde que está con Candela, Raquel está mucho más relajada en todos los aspectos.

—¿Dónde está Susto que no ha salido a comernos? —pregunta Bárbara tras darle dos besos a la anfitriona.

—Ha salido con Candela a correr, o, mejor dicho, a dar vueltas como un loco por el parque.

Las tres mujeres salen al patio y se sientan para de inmediato comenzar a tratar el tema por el que está pasando Bárbara. La doctora explica todo lo que ha ocurrido desde que el director del hospital murió en el accidente de tren y que nombraran al doctor Tena como sustituto provisional. Irina se mantiene al margen, aunque también comenta algún detalle que considera importante y que Bárbara no ha tenido en cuenta.

—Esto es un claro caso de acoso laboral y personal, Bárbara, y por cómo me lo cuentas, creo que no le estás dando la importancia que se merece. Por experiencia te digo que esto puede ir a peor —zanja Raquel, asombrada de que la doctora Martín se lo explique como si le estuviera diciendo que se ha comprado un par de zapatos.

—Yo también lo veo así —interviene Irina—. Vi muchos casos en el ejército y cuando el acoso no funcionaba para lograr lo que querían, daban un paso más y nunca eran finales felices.

—Adrián es un gilipollas, pero no creo que pase de ser una simple pataleta. En cuanto nombren a otro director, ya no tendrá injerencia sobre mí —responde Bárbara, segura de lo que dice.

—¿Y si no nombran a nadie más y se queda él al mando? —pregunta Raquel, pero no da tiempo a que Bárbara conteste—. Es tu decisión, pero si quieres tomar acciones legales, tienes todas las de ganar. Los cambios de turno y guardias tienen registro, todas las llamadas, correos y mensajes que te ha hecho también quedan guardados. Yo no podré llevar tu caso porque estoy hasta arriba de trabajo, pero mi bufete podrá representarte, eso no lo dudes.

Pasado un buen rato, Candela llega, no solo acompañada de Susto, sino también de Virginia y Marta, que entran cargadas con bolsas de comida —o eso intuyen porque Susto no para de olfatearlas— y, después de dejarlas en la cocina, se acercan a saludar.

—Cuanto tiempo, Irina, ¿cómo estás? —saluda Virginia.

—Capitana Robles, qué bien te veo —contesta Irina sonriente y le da un abrazo—. Veo que el trabajo alejado de gritar a novatos te ha sentado bien.

—Te diría que sí, pero estar de base en base peleándome con altos cargos corruptos es bastante más duro, aunque muy satisfactorio —sonríe Virginia—. Ella es Marta, mi chica.

Tras las presentaciones, las seis mujeres abren una botella de vino y hablan animadamente en el patio. La capitana Virginia Robles es quien lleva la voz cantante, más que nada porque hacía mucho que no veía a sus amigas en un entorno tan relajado y quiere ponerlas al día. Mira de reojo a Bárbara Martín que, aunque la acaba de conocer, le ha dado muy buena impresión y nota como no despegar sus ojos de Irina.

—Tenéis que visitarnos —invita Marta—, la casa es un remanso de paz. Hemos acertado con la zona, muy tranquila, alejada de la ciudad y en un entorno natural precioso.

—Será después de la boda —explica Candela—. Raquel está trabajando mucho para dejar todo cerrado y poder tener una luna de miel tranquila.

—¿A dónde iréis? —pregunta Bárbara curiosa.

—Haremos un crucero que sale de Nápoles y luego pasaremos unos días en Mykonos —responde Raquel, con ganas de que llegue el día de unirse legalmente a su novia.

—Qué envidia —dice Marta y se lleva un trozo de queso a la boca. La sargento Pinares sigue comiendo tanto como antes.

—No te preocupes, cariño, que en cuanto estas dos regresen, dejaremos a Candela

al frente del equipo y nosotras también haremos un viaje. Que no crea que no me cobraré esas tres semanas que estará fuera.

Todas rompen a reír tras el comentario de la capitana Virginia Robles y, aunque Bárbara también lo hace, por su mente solo pasan las palabras de Raquel sobre el comportamiento de Adrián Tena. Agradece tener quien pueda ayudarla en el momento en que pueda necesitarlo, pero tiene muy claro que lo que le pasa a Adrián es que no acepta que ella ha seguido adelante y, además, con una mujer. Sabe que su exnovio es incapaz de hacerle ese tipo de daño que insinúan Raquel e Irina, ¿o sí que lo es?

CAPÍTULO 19

Irina Bol cruza la entrada de la base con cierto nerviosismo. Esta mañana la han llamado para citarla con su superior a las once y media. La teniente sabe que es para hablar sobre el puesto que ha solicitado y de repente se ha sentido tan agobiada que, lo primero que ha hecho tras colgar la llamada, ha sido marcar el número de Bárbara para contárselo a pesar de que sabía que la doctora estaba trabajando.

Bárbara ha notado ese nerviosismo en la voz de Irina y ha tratado de infundirle calma al mismo tiempo que sonreía sin parar, porque el hecho de que la haya llamado para algo que para la teniente es tan importante, no ha hecho más que constatarle que la cosa comienza a ponerse seria entre ellas.

—Irás bien, relájate —le aseguró la doctora.

—Estoy tranquila —mintió Irina mientras paseaba por el salón de su casa como una histérica.

—Lo noto —sonrió Bárbara—. ¿Por qué no te pasas por el hospital cuando salgas? Será más o menos la hora de comer. Sé que no es muy romántico, pero puedo escaparme y comemos algo juntas en la cafetería, así me cuentas lo que te han dicho —le propuso e Irina aceptó sin dudarlo.

Ahora la teniente está entrando en el despacho, donde su capitán la espera tras una montaña de papeles.

—Buenos días, capitán —saluda la teniente y él deja lo que está haciendo para centrarse en ella.

—Buenos días, Irina, pasa. Siéntate.

El capitán aparta los papeles y despeja un poco la mesa.

—¿Me van a dar un puesto o me lo han denegado? —dispara Irina, que no quiere que su capitán se ande con rodeos.

—Lo tienes, pero a largo plazo. Hay ciertas condiciones —responde él con una mueca.

—No le entiendo, capitán.

—Actualmente, no te pueden dar una plaza fija aquí en Madrid, pero te ofrecen algo.

Irina encaja esa noticia que le ha sentado como una patada en la boca del estómago y asiente.

—¿El qué? —pregunta sin ocultar su frustración.

—Liderar otra misión que empezará en tres semanas en una ubicación que todavía no te puedo comunicar. Se tratará de mantener cierta zona asegurada mientras duren unas negociaciones que calculamos que se podrían prolongar algo más de un año. Una vez terminada la misión, volverás y tendrás una plaza fija asegurada aquí en Madrid. Me aseguraré de que te lo den por escrito, Irina —explica su capitán, consciente de lo que le está pidiendo.

Irina se queda callada unos segundos, mirando por la ventana mientras le hierve la cabeza. Los pensamientos se le mezclan y se siente muy confundida. Por un lado, desea mucho esa plaza y piensa que un año o tal vez dos, no es tanto, pero por el otro, siente que es mucho tiempo, no solo porque está cansada y ya se había mentalizado sobre el hecho de quedarse y dejar atrás las misiones, sino también por Bárbara. Es la primera vez que siente lo suficiente por una mujer como para querer plantearse un futuro con ella. Con Bárbara lo ve, sabe que encajan y que pueden tener un proyecto de vida juntas que después durará más o durará menos, pero lo pueden tener.

—Me lo tengo que pensar —dice dejando salir todo el aire de los pulmones.

—Claro. Sé que no es lo que querías, teniente, y te aseguro que lo he intentado, pero de momento es todo lo que he conseguido.

—No pasa nada, capitán. Las cosas son como son.

Irina se despide y, aunque está algo lejos, se va dando un paseo hasta el hospital para que la caminata la ayude a despejarse.

—¿Más de un año? —dice Bárbara mientras destroza la rebanada de pan que tiene en la mano.

La doctora ha intuido en cuanto ha visto llegar a Irina que la cosa no había ido bien, pero ni poniéndose en el peor de los casos, había llegado a imaginarse que la teniente tuviera que marcharse tanto tiempo. De repente siente vértigo y nota como el estómago se le cierra de golpe ante la idea de perderla.

—En casos así es imposible definir una fecha —contesta Irina.

—¿Y qué vas a hacer? Quiero decir... —Bárbara está tan nerviosa que no sabe cómo continuar la frase.

—No lo sé —suspira Irina—. Yo quiero un puesto fijo aquí y si ese es el precio para conseguirlo, supongo que debería aceptar la misión y marcharme, pero no lo tengo tan claro, Bárbara. Un año, puede que dos, ahora mismo se me hace una eternidad. Estoy agotada, quiero estar tranquila y empezar a tener una vida normal. Ya me había hecho a la idea de eso y tener que irme ahora —Irina niega con la cabeza y mira hacia otro lado, omitiéndole a Bárbara que ella también es un motivo por el que no se quiere ir.

—A mí desde luego me gustaría mucho que no te fueras —se sincera la doctora—, pero es una decisión que has de tomar tú sola.

—Lo sé —Irina le sonríe y estira la mano por encima de la mesa para coger la de Bárbara—. Hablemos de otra cosa; no quiero gastar el poco tiempo que tenemos con esto —dice la teniente.

En ese momento, Irina desvía la mirada porque nota que alguien las observa. La teniente no se equivoca porque, el doctor Adrián Tena acaba de entrar en la cafetería y ha

clavado su mirada desquiciada en ellas mientras hace cola para que lo sirvan.

—Ahí está ese gilipollas —dice Irina resoplando—. En serio, Bárbara, no me gusta. Deberías tomártelo más en serio y decirle a Raquel que te asigne alguno de los abogados de su bufete —opina la teniente.

Bárbara mira un solo instante hacia el lugar donde se encuentra Adrián y siente un escalofrío incómodo recorrerle la columna.

—Sí, mi amiga María José opina igual, supongo que debería haceros caso. Llamaré a Raquel esta semana; te lo prometo. Quizá sea lo que Adrián necesita para dejarme en paz, que le llegue una citación judicial que le asuste un poco y le abra los ojos.

—Lo que necesita es un psiquiatra —salta Irina—, y tú dejar de seguir intentando ver en él al hombre del que estuviste enamorada. Ese que hay ahí te aseguro que es otro. Llámala, por favor, y trata de mantenerte lejos de él mientras tanto —le pide Irina antes de despedirse de ella.

CAPÍTULO 20

Bárbara Martín arrastra los pies como un zombi por uno de los pasillos del hospital, le han puesto una guardia doble y, después de pasar todo el día visitando pacientes y en el quirófano, ha tenido que quedarse en el centro de salud también por la noche. Piensa con seriedad lo que le dijo Irina la tarde anterior, llamar a Raquel Martínez para que le asigne un abogado porque todos los cambios que aplica el director del hospital a su horario laboral están acabando con su cordura.

Son casi las tres de la madrugada y, cuando está a punto de entrar en una las habitaciones a descansar un poco, el doctor Tena la llama para que vaya a verlo a su despacho. La voz calmada de su exnovio le inspira poca confianza, pero quiere creer que él se ha dado cuenta de lo que está haciendo y va a liberarla de esa maldita guardia.

—Dime, Adrián —dice Bárbara entrando en su oficina.

—Pasa, Bárbara. ¿Estás bien? —le pregunta con una cara de preocupación que a Bárbara le parece fingida.

—No, estoy agotada. Llevo semanas sin parar de trabajar y días como hoy en los que llevo más de veinticuatro horas en pie, siento que voy a colapsar —le contesta la doctora Martín mirándolo a los ojos con ganas de ahorcarlo.

Adrián le sostiene la mirada, pero enseguida su tono se vuelve más complaciente.

—Ven, vamos a sentarnos —le pide y la lleva hasta el gran sofá que hay en la oficina del director.

Bárbara se sienta y recuesta la cabeza en el respaldo mientras suelta un suspiro. El sofá es muy cómodo y a ella no le costaría nada cerrar los ojos y dormir al menos un par de horas, pero la mano de Adrián Tena en su pierna la sobresalta y de inmediato se pone en alerta.

—Quiero disculparme contigo, Bárbara —suelta el director de repente sin mover su mano de donde la ha posado—. He de admitir que muchos de los turnos que te he cambiado fueron para coincidir contigo.

Bárbara levanta ambas cejas, no le asombra lo que dice, sino que le impresiona que un hombre como Adrián Tena confiese de esa forma sus pecados.

—¿Y cuál es el objetivo de coincidir conmigo, Adrián? Porque, además, en las guardias nocturnas que me ponías no estabas en el hospital. Llegabas por la mañana, recién duchado y con cara de haber descansado muy bien mientras yo estaba hecha una mierda después de muchas horas sin dormir.

—Soy un hombre desesperado, Bárbara —dice Adrián y se pega más a ella—. Te pedí que lo volviéramos a intentar y ante tu negativa, no supe qué hacer.

Bárbara no da crédito a lo que oye.

—¿Quieres decir que porque te rechacé me castigas?

—No lo mires así, solo quería llamar tu atención. Estuvimos muy bien juntos, Barbi —Adrián se muestra muy meloso y acaricia la pierna de la doctora, despacio—. Los momentos que compartimos fueron buenos y el sexo era una maravilla.

Bárbara le aparta la mano y abre la boca tanto que le duele la mandíbula.

—Adrián, me engañaste con varias enfermeras, te acostaste con la obstetra en una camilla y cuando os descubrieron, te fuiste de rositas y la que acabó en la calle fue ella. Siempre me repetías lo mal que hacía las cosas, lo gordo que tenía el culo y el sexo de mierda que te daba. En serio, no entiendo a qué viene todo —suelta Bárbara, asqueada al recordar todo lo que tuvo que aguantar cuando eran pareja.

El doctor Tena la mira con una media sonrisa en los labios que Bárbara quisiera borrar de un guantazo. Parece que su exnovio en vez de escucharla está pensando en el próximo viaje que realizará.

—Yo quiero que volvamos, ahora que soy director y tú la jefa de cirugía, seremos la pareja más potente de este hospital —dice y se acerca a Bárbara para besarla mientras le aprieta la pierna de nuevo.

—¿Qué coño haces? —la doctora, como puede, se echa a un lado e intenta levantarse.

—Te he dicho que quiero una oportunidad, Bárbara —dice como un dictador—. Tú necesitas un hombre de verdad, que te folle como es debido, no una bollera que te lleve a jugar a las tijeras.

Bárbara rompe a reír de repente. Adrián la mira con el ceño fruncido sin entender qué le causa tanta gracia. El doctor ve que sus planes no están saliendo como predijo y la ira se le va acumulando en el pecho.

—Esa bollera como tú la llamas, me ha dado más cariño en semanas que tú en meses. Además —a Bárbara se le ilumina la mirada pese a lo cansada que está—, no me habían follado tan bien en la vida. Vaya que sí, ojalá hubiera conocido a Irina antes para saber que es follar de verdad.

Las venas del cuello de Adrián Tena parece que van a explotar en cualquier momento. No solo es un machista controlador, sino que le encanta tener a las mujeres a su disposición como un agujero disponible las veinticuatro horas. Pero lo que más le enfurece es que Bárbara, que bebía los vientos por él, lo rechace y le diga que una mujer la deja más satisfecha que él.

Bárbara se levanta del sofá dispuesta a marcharse, pero antes de que pueda dar un paso en dirección a la puerta, Adrián la coge por un brazo y la frena.

—Eso no es cierto y lo sabes. Lo dices porque aún me quieres y no puedes superar que haya estado con alguna chica aparte de ti —dice y se acerca para intentar besarla otra vez.

—¡Te he dicho que no! ¿No lo entiendes? No quiero volver a tener nada contigo, Adrián —la doctora le pone una mano en el pecho y lo empuja.

Todo ocurre tan rápido que Bárbara no lo ve venir. Adrián levanta la mano y le

asesta una bofetada tan fuerte que ella se maree. Por un momento se queda quieta porque no entiende lo que pasa, pero cuando su exnovio empieza a quitarle la camiseta del pijama, Bárbara intenta empujarlo sin éxito. La segunda bofetada es incluso más fuerte que la primera porque pierde el equilibrio y Adrián la empuja sobre el sofá. Tiene la bragueta del pantalón abierta y se saca el miembro que ya está totalmente erecto. La sonrisa horripilante que tiene en la cara le confirma a la doctora Martín que su exnovio va a abusar de ella.

—Vas a recordar lo que es una buena polla y vas a gritar como lo hacías en cuanto te la metía —dice y la coge por las piernas para bajarle el pantalón.

La médica saca fuerza de donde no tiene y empieza a gritar y a patalear. Adrián se pone sobre ella y le tapa la boca con la mano, pero Bárbara se la muerde, aunque por respuesta recibe otra bofetada muy cerca de la oreja que hace que un pitido agudo la haga gritar más fuerte.

De repente, la puerta se abre, pero Bárbara está tan aturdida que solo escucha a Adrián gritando mientras da órdenes a quien ha entrado en el despacho.

—Señorita, ¿puede hablar? —dice una voz que ella no reconoce.

—Te he dicho que salgas de mi puto despacho o estás despedido —grita el director, colérico.

Ignacio, un hombre de sesenta años que trabaja en el servicio de limpieza del hospital, estaba fregando el suelo del pasillo lateral cuando ha empezado a escuchar gritos de una mujer. Sin pensárselo dos veces, se acercó a la puerta y, tras comprobar que era la correcta, la abrió. Se encontró a un hombre con el pantalón por los tobillos y empalmado sobre una mujer visiblemente golpeada que intentaba escapar de su agresor. Ignacio, que tiene tres hijas, no puede hacer la vista gorda, aunque pierda su trabajo.

—Venga conmigo, por favor —se acerca el conserje a Bárbara ignorando los gritos del doctor Tena.

—Te he dicho que ... —Adrián no puede continuar porque Ignacio le ha arreado tal palazo con la fregona en la cabeza que ha caído de rodillas al suelo.

Para Bárbara todo se vuelve más espeso. De repente está en una camilla mientras una compañera que también estaba de guardia la está examinando. Ya no tiene el pijama puesto, sino una bata como la que usan los pacientes cuando están ingresados y tiene una vía puesta en el brazo.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta la doctora Montoya al ver que Bárbara la mira.

—Es todo muy confuso. ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Dos horas. En cuanto te sacaron del despacho del director, te desmayaste. Al cabo de unos minutos despertaste muy nerviosa, pediste que llamáramos a la teniente Irina Bol y volviste a perder el conocimiento. Afortunadamente, tu móvil no tiene ningún tipo de bloqueo y pudimos contactar con ella. La policía también está fuera porque quieren tomarte declaración —le explica con calma la doctora Olga Montoya que, aunque tiene fama de ser un ogro, con Bárbara está sienta muy dulce.

—¿Irina está aquí? —pregunta Bárbara con los ojos encharcados.

—Sí, y menos mal que cuando llegó ya se habían llevado a ese impresentable, porque quería arrancarle la cabeza. Le diré que pase a verte, ¿vale? —pregunta la médica.

A Irina le recorren por el cuerpo una cantidad de sensaciones que no sabe distinguir. Ira en contra de Adrián Tena, miedo por Bárbara y rabia por verla en el estado que está en ese momento.

—Hoy se quedará en observación. Le hemos puesto un calmante, ha tenido un fuerte ataque de ansiedad y además por lo que veo acumula mucho cansancio. No tiene daños físicos graves, pero cuando reciba el alta, le aconsejo reposo absoluto y sobre todo que haga cita con un psicólogo que la ayude a superar este mal trago —zanja la doctora Montoya y sale de la habitación para dejarlas a solas.

Bárbara rompe a llorar cuando conecta la mirada con Irina. La militar la abraza e intenta calmarla, sobre todo cuando la doctora Martín no para de decirle que tenía razón sobre Adrián y ella fue una tonta por no prestar más atención.

—Tranquila, amor, por favor. No podíamos saber que al final haría esto —Irina la abraza completamente rota y se da cuenta de que lo que siente por Bárbara es más fuerte de lo que creía. Ahora lo tiene claro, no aceptará el trato que le ofreció su capitán, está cansada de esa inestabilidad que durante años le han dado las misiones, pero, sobre todo, no quiere separarse de la mujer de la que empieza a enamorarse.

CAPÍTULO 21

Cuando Bárbara se despierta esa mañana y enciende la luz de la mesilla, le cuesta abrir los párpados. Ayer, después de que le dieran el alta al mediodía y que María José le repitiera hasta tres veces que se tomara lo que le había recetado la doctora Montoya para dormir, finalmente se fue con Irina a casa de la teniente y pasó el resto del día medio aturdida en su sofá. Ahora, mientras se sienta en la cama, piensa que no debería haberse tomado la pastilla para dormir, porque, aunque debe reconocer que ha dormido toda la noche sin despertarse una sola vez, ahora siente que le va a costar mucho espabilarse.

—¿Cómo estás? —pregunta Irina entrando en la habitación.

La teniente lleva una taza de café en la mano y camina descalza hasta la cama, vestida con un pantalón corto y una camiseta ancha que utiliza para dormir.

—Me cuesta pensar —reconoce Bárbara apretándose el puente de la nariz.

—Con esto te sentirás mejor —dice entregándole el café y el antiinflamatorio que también le recetaron para los golpes en la cara.

Bárbara mira la pastilla y se lo piensa antes de tomársela.

—¿Tengo la cara muy hinchada? —le pregunta a Irina.

—No, solo un poco por debajo del ojo izquierdo —contesta la teniente disimulando la rabia que siente hacia Adrián Tena cada vez que mira a Bárbara.

—Pues entonces no me la tomo, me pondré hielo.

Irina asiente y deja la pastilla sobre la mesita de noche. Bárbara da un par de sorbos al café y se queda en silencio mirando hacia el armario empotrado de la habitación de Irina.

La teniente no sabe muy bien cómo actuar con ella. Sabe que la mente de Bárbara es un caos de emociones desde la otra noche y que le cuesta gestionarse, por eso no se sorprende cuando la doctora de repente deja la taza y comienza a llorar.

—No lo vi venir —lamenta intentando contener el llanto.

—Ni tú ni nadie, Bárbara —trata de calmarla Irina, acariciándole la espalda.

—No es verdad, tú no dejabas de advertirme que tenía que denunciarlo. Si te hubiera hecho caso, no habríamos llegado a esto —dice más calmada.

—No pienses más en lo que podrías o deberías haber hecho. La culpa es de él, no tuya, ¿de acuerdo?

Bárbara asiente y mira a Irina antes de dedicarle una sonrisa cansada.

—Es que todavía no me lo creo. Adrián es un capullo, prepotente y egocéntrico,

pero jamás me había puesto la mano encima y mucho menos...

La doctora se queda en silencio e Irina se inclina sobre ella para besarle la cabeza y abrazarla.

—No te he dado las gracias por cuidar de mí —dice Bárbara.

—Tranquila, ya se me ocurrirá algún modo de cobrármelo —bromea la teniente guiñándole un ojo.

—Me parece justo —dice Bárbara riendo, antes de beber un poco más de café.

—Me voy a duchar. Cuando acabes, te das una ducha y vamos a comisaría para que formalices la denuncia, ¿de acuerdo? Después pasaremos por el despacho de Raquel para que se ocupen de llevar tu caso contra Adrián.

—¿Has hablado con ella?

—Sí, ayer por la tarde, mientras dormitabas en el sofá. En cuanto le des autorización, lo primero que harán será solicitar una orden de alejamiento contra ese desgraciado, y después prepararte para el juicio.

—¿No está detenido? —pregunta Bárbara con el corazón acelerado.

—Ahora mismo sí, pero Raquel dice que, como la violación no llegó a producirse y al no tener él antecedentes y ser un médico respetado, es muy probable que salga bajo fianza hasta que llegue el juicio —explica Irina sin ocultar su malhumor ante ese hecho—. ¿Sabes que el muy cabrón ha denunciado al hombre que te salvó por agredirlo con el palo de la fregona?

—¿En serio? —a Bárbara los ojos casi se le desorbitan de indignación.

—Como lo oyes, pero no te preocupes, Raquel le ha conseguido uno de los mejores abogados de la ciudad. Ahora téminate ese café e intenta abrir los ojos del todo, que pareces un sapo —trata de poner una nota de humor la teniente.

Bárbara se ríe e Irina le da un beso en los labios.

Cuando salen de la comisaría, Bárbara se siente renovada. Ya se ha espabilado del todo y, aunque ha sido muy duro para ella tener que explicarles a los agentes todos los detalles de lo que Adrián le hizo, ahora siente que ha hecho lo correcto y espera que el bufete de Raquel consiga la pena más alta para ese energúmeno.

—Lo has hecho muy bien —la achucha Irina de camino al coche.

Bárbara se deja querer y se mantiene pegada a ella, cada vez más consciente de lo mucho que le gusta estar con Irina.

—¿No tendrías que haber girado por aquí? —pregunta Bárbara cuando están de camino hacia el despacho de Raquel Martínez.

—Sí, pero antes de ir al bufete, quiero pasar un momento por la base. ¿Te importa?

—No, para nada —responde Bárbara.

El resto del trayecto lo hacen en un silencio que le sirve a Bárbara para terminar de relajarse tras el momento tan duro que ha vivido en la comisaría.

—¿Puedo preguntar a qué venimos aquí? —indaga la doctora cuando Irina aparca

en las inmediaciones de la base.

La teniente apaga el motor del coche y baja la ventanilla antes de girarse hacia Bárbara.

—Por supuesto que puedes. Vengo para informar a mi capitán de que rechazo ir a la misión.

Bárbara parpadea sorprendida antes de responder.

—¿Lo rechazas?

—Sí.

—Pero... —Bárbara se frota las sienes, sintiendo que, de nuevo, le cuesta un poco pensar—, si lo rechazas, ¿qué opciones tienes? Quiero decir, no te han dado un puesto aquí. ¿Hay otra base a la que puedas ir?

—Voy a dejar el ejército —suelta Irina, haciendo que Bárbara levante las cejas—. No me quiero ir a ningún sitio y si para poder trabajar aquí en Madrid, tengo que irme más de un año fuera, he decidido que no me compensa. Casi lo tenía decidido, pero cuando me llamaron del hospital para decirme lo que te había pasado, lo tuve claro del todo. Sentí pánico, Bárbara, y no quiero estar lejos de ti si tú no quieres. Con esta decisión no quiero que te sientas ni obligada ni condicionada a nada, pero por mi parte, me gustaría empezar algo más serio contigo.

—Vaya —dice Bárbara sin poder contener la sonrisa que se expande por su cara—, esto no me lo esperaba.

—Ya ves, soy un poco impredecible —bromea la teniente—, pero lo digo en serio. Me gustas y me apetece empezar algo estable contigo siempre que tú sientas lo mismo. Si no es así, no pasa nada, me voy a quedar de todos modos, estoy muy cansada de dar tumbos y en estas semanas me he dado cuenta de lo bien que estoy en casa, estableciendo rutinas. Quién sabe, tal vez adopte un perro igual de feo que el de mi amiga Candela.

Bárbara suelta una sonora carcajada.

—Te acompañaré a buscarlo si lo haces y tal vez yo adopte otro para que los llevemos al parque juntas. A mí también me gustas mucho, Irina, y quiero que sigamos saliendo —dice inclinándose hacia ella para besarla.

—Pues al final sí que parece que te gustan las mujeres, doctora —Irina le guiña un ojo.

—Me gustas tú y eso es lo que cuenta —concluye Bárbara—. ¿Qué vas a hacer cuando dejes el ejército? No creo que una mujer acostumbrada a tanta adrenalina pueda estar mucho más tiempo sin hacer nada.

—No es mi intención quedarme en casa, pero sí que pienso estarme al menos un mes más relajándome y adaptándome a una vida sin sobresaltos. Tengo ahorros y me lo puedo permitir y, mientras tanto, iré mirando opciones, quizá en la seguridad privada. Siempre es algo que me ha llamado mucho la atención y con mi currículum no creo que tenga problemas para encontrar trabajo.

—Pues venga, baja del coche, entra ahí y diles que para ti se han acabado las misiones de una vez —ordena Bárbara señalando la entrada de la base.

—A la orden —dice Irina, guiñándole un ojo antes de salir del coche.

EPÍLOGO

Dos meses después

La doctora Bárbara Martín siente una mezcla de ansiedad y nervios que la domina por completo. Hoy, después de dos meses de baja, vuelve al Hospital Universitario Santa Lucía y, aunque tiene muchas ganas, no puede evitar que el cuerpo le tiemble de anticipación. Se ha cambiado de ropa dos veces porque nada más vestirse, la taza de café se le ha resbalado de las manos y se ha manchado entera. Después, ha intentado ponerse una camisa a la que le ha roto tres botones, así que se decidió por lo primero que cogió del armario y se alejó de la cocina para evitar un nuevo incidente.

Tras aquella desafortunada noche, Bárbara tuvo que acudir a terapia porque por más que intentó seguir adelante y volver a su puesto de trabajo, el pánico que la azotaba cada vez que pensaba en acudir al hospital, la dejaba paralizada. Hace una semana, su psicóloga le dio el alta convencida de que la doctora Martín ya estaba lista para volver a la rutina y Bárbara lo celebró, aunque con cierto temor de no saber controlar sus emociones al llegar al sitio en el que su exnovio casi abusa de ella. De Adrián Tena poco se sabe, estuvo en el calabozo un par de días tras la agresión, pero pese a los esfuerzos del bufete de Raquel Martínez, ya que el abuso no llegó a consumarse y como él no tenía antecedentes y, por el contrario, era un médico respetado, solo pudieron llegar a una indemnización para Bárbara y una orden de alejamiento. El mayor logro fue que el colegio de médicos cursara una suspensión temporal, alejándolo un año entero de sus funciones. Lo último que supo es que se marchó de Madrid y eso a Bárbara al menos la deja más tranquila.

—¿Llevas mucho tiempo esperando? —pregunta la doctora Martín después de subirse al coche de Irina, estacionado frente a su portal.

—Unos minutos, no te preocupes. He aprovechado para contestar un par de correos —le responde y le da un beso en los labios—. ¿Nerviosa?

—Estoy cagada.

Ambas mujeres rompen en una carcajada que ayuda a Bárbara a liberar un poco de la tensión que siente.

—Ya verás como todo marcha bien —la anima Irina—. Trata de no hacer demasiados esfuerzos hoy, después de dos meses hay que volver con calma.

—Esta semana tendría que ser tranquila y bastante aburrida también. Cuando llegue al hospital tengo una reunión con la nueva directora y luego con los cirujanos a mi cargo, pero después estaré en mi despacho haciendo el papeleo de todos estos meses.

—¿Conoces a la nueva directora? —inquire Irina mientras conduce de camino al

hospital.

—Sí, y tú también. Es la doctora Montoya, la que... la que me atendió aquella noche —explica Bárbara y sonríe porque una de las cosas que trabajó con su terapeuta, era la de enfrentar cualquier tema relacionado con el ataque.

Irina estira el brazo y apoya la mano en la pierna de la doctora dejándole una caricia. Se siente orgullosa de Bárbara y de todo lo que ha avanzado. Atrás quedaron esos terrores nocturnos que las despertaban de madrugada, los ataques de ansiedad y los agobios. Ahora, aunque queda camino por recorrer, vuelve a ser la Bárbara de siempre.

—Me pareció bastante seria —dice Irina.

—Se dicen muchas cosas sobre ella en el hospital respecto a su carácter agrio, pero las pocas veces que me he cruzado con ella, aparte de esa noche, ha sido cordial conmigo. Ya veremos cómo se comporta siendo directora. ¿Esta semana vuelves a tu horario regular? —inquire la doctora Martín cambiando el tema.

Hace un mes que Irina Bol trabaja para una gran empresa de seguridad privada. Después de rechazar la propuesta de su capitán y formalizar la baja en el ejército español, estuvo unas semanas dedicada completamente a la recuperación de su chica y como cosas del destino, una tarde se encontró con un excompañero al que hacía años que no veía. Resulta que el exmilitar también se había decantado por el ámbito privado de la seguridad y animó a Irina para que se presentara como candidata. En cuestión de poco tiempo, se incorporó a la empresa y ahora ha cambiado el uniforme por un traje que, según Bárbara, le queda de muerte.

—Sí, al menos por ahora. La salida repentina del jefe de equipo ha descontrolado todos los turnos. No ha sido sencillo volver a organizarlo todo, pero lo hemos logrado.

—¿Y qué tal con la chica problemática? —pregunta Bárbara, refiriéndose a una compañera de Irina que lleva años en esa empresa bajo el mando del jefe que cursó baja y a la que le ha costado adaptarse a las nuevas directrices.

Irina suspira y niega con la cabeza.

—Más controlada. Es la mejor en lo suyo y, aunque es muy joven, tiene habilidades extraordinarias, pero ese carácter tan irreverente va a traerle muchos problemas. Le ha costado aceptar los cambios, pero si quiere seguir en la empresa, ha de acatarlos —zanja.

Irina para el coche en un lateral de la entrada del hospital, se gira y observa a Bárbara tratando de infundirle toda la fuerza necesaria para que su vuelta al trabajo sea lo más tranquila posible. Apenas llevan unos meses juntas, pero la ex militar siente que Bárbara es la mujer que siempre ha estado buscando. Ha tenido que estar sola muchos años para darse cuenta de que lo realmente bueno, tarda en llegar.

Bárbara pensó que la felicidad y el amor eran algo que ella ya había conocido, pero se dio cuenta de que estaba equivocada. Desde que está con Irina Bol, parece haber nacido otra vez. Se siente tranquila, querida, acompañada, valorada y respetada, y eso para ella no tiene precio.

—Que tengas un día grandioso, preciosa —le dice Irina y le da un beso en la boca.

A Bárbara se le forma una sonrisa tonta en los labios.

—Hola, pareja —se escucha una voz femenina.

La jefa de enfermeras saluda a las dos mujeres y se aparta para que puedan despedirse con un poco de intimidad.

—Nos vemos esta noche, cariño —dice Bárbara, devolviéndole el beso a Irina para después bajarse del coche.

Irina se queda en el vehículo observando como su chica entra en el hospital, ese hospital en donde ella se dio cuenta de lo mucho que le atraía Bárbara. Lo que nunca pensó fue que esa doctora cabezota con la que tuvo un buen encontronazo nada más conocerse, se colaría de esa manera tan sólida en su corazón. Solo espera que sea para siempre.